

EL “CREDO”

DE SANTA FRANCESCA SÁVERIO CABRINI

Hna. María Barbagallo

“Sí, creo que el mundo es mi vida
no provengo del acaso,
sino de la Razón eterna y del Amor eterno,
fui creado del Dios omnipotente.

Sí, creo que en Jesucristo,
en su encarnación,
en su cruz y resurrección
se manifestó el Rostro de Dios.

Sí, creo que el Espíritu Santo
nos regala la Palabra de la verdad
e ilumina nuestro corazón;

Creo que en la comunión de la Iglesia
llegamos a ser todos un solo Cuerpo en el Señor
y así vamos al encuentro de la resurrección
y a la vida eterna.
¡Amén!”

Benedicto XVI

*“La fe es el rayo celeste
que nos hace observar a Dios
en todas las cosas
y todas las cosas en Dios.”*

San Francisco de Sales

A todas las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús,
en recuerdo del Año de la Fe.

ÍNDICE

Presentación.....	Pág. 5
-------------------	--------

Capítulo primero

Creo en un solo Dios, Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles.

- Santa Francisca Javier Cabrini y “el cristal de la fe”..... Pág. 6

Capítulo segundo

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos.

- Santa Francisca Javier Cabrini y Jesús “este Sol divino”.....Pág. 17

Capítulo tercero

Nacido de María Virgen

- Santa Francisca Javier Cabrini y “nuestra Madre de gracia”..... Pág. 31

Capítulo cuarto

Creo en el Espíritu Santo, que es Señor de la Vida.

- Santa Francisca Javier Cabrini y “la luz del Espíritu Santo”..... Pág. 38

Capítulo quinto

Creo en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica.

- Santa Francisca Javier Cabrini y el regazo de la Iglesia..... Pág. 46

Capítulo sexto

Creo en la Vida eterna...

- Santa Francisca Javier Cabrini y la Esperanza cristiana..... Pág. 54

Conclusión

- ¡Amén!..... Pág. 60

PRESENTACIÓN

En la concreción y la capacidad del vivir cotidiano, la luz de la Fe, cual Don, revela en nosotros el misterio luminoso de Jesús, Hijo de Dios, y nos hace descubrir en los acontecimientos y en las personas, la prospectiva de la eternidad.

La Fe en Madre Cabrini es cristalina, invade su corazón, sus pensamientos, sus intenciones y transparenta en su vida, en la realización de tantas obras misioneras.

Un ejemplo concreto para nosotras, que reclama a cada una a reavivar, en el eminente Año de la Fe, el Don recibido, y poder luego traducirlo en obras de bien: *“Estemos cerca de Jesús, porque si perdemos a Jesús, hemos perdido todo. Cuando Jesús se retira, que es sol de nuestra alma, no hay vegetación de progreso espiritual, sino todo es invierno, todo es muerte. Busquemos a Jesús, que si lo hallamos encontramos el sol, la vida, el cielo, y sepamos tenerlo prisionero, con el amor y el recogimiento.”* P. y P. 190 (1-2-3)

La invitación de Madre Cabrini a rendir siempre más vital nuestra vida cristiana, se concreta en participación y compartir en los varios momentos eclesiales del Año próximo por la Fe.

Agradecemos al Instituto por el patrimonio de Fe y santidad que continúa trasmitiéndonos; a María Barbagallo y a las demás hermanas y laicos que cultivan la historia y la memoria carismática del Instituto, por esta contribución de Espiritualidad Cabriniana por el Año de la Fe.

Santa Francisca Javier: El cristal de la Fe, un homenaje a cada misionera y laico/a que quiera pronunciar nuevamente su bautismo cristiano: CREO.

Hna. Loredana Manzoni

Asistente General
Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús

CAPÍTULO PRIMERO

“Miren qué gran amor ha tenido el Padre
con nosotros que ha querido llamarnos
hijos de Dios
y realmente lo somos.”
1 Juan 3, 1

Creo en un solo Dios, Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles.

Santa Francisca Cabrini y “el cristal de la Fe”

Don Giuseppe De Luca, uno de los primeros biógrafos de Madre Cabrini, y sobre todo un estudioso de la personalidad espiritual, así escribe, hablando de la relación de la Santa con Dios:

“Dios no era solamente su punto de partida y su llegada: Dios era su camino... Dios era su puerto y su nave, su viento y su vela, su árbol y su remo. La llevaba Dios.”

De hecho es difícil pensar en Francisca Cabrini sin esta óptica existencial. Una óptica con la que creció desde su primera infancia y adquirida de la práctica religiosa de sus padres, de la frecuencia en la vida sacramental y parroquial y, sobre todo, de una respuesta personal a una vocación cristiana y religiosa en las que fue educada durante todo el tiempo de su vida. Lo dirá ella misma durante un retiro espiritual:

“Dios me acompañó desde mis primeros años con su inmensa caridad, rodeándome por todas partes, como el agua del mar que circunda y encierra al pez, y si yo hubiera correspondido, ya debería ser una gran santa. He vivido rodeada de la bondad de Dios y no me he transformado en ella. He vivido en la caridad de Dios y no me he inflamado en ella. He vivido en la omnipotencia de Dios, pero no me he aprovechado de ella, viviendo casi siempre apoyada en mí misma con daño gravísimo de mi vida espiritual. Oh si yo hubiera tenido siempre una fe ardiente y viva. Con vuestra gracia, Dios, la tendré de ahora en adelante, en el poco tiempo que me dejéis para mi santificación.” {P. P., Pág.155}

Una óptica que llega a ser misionera y dentro de la cual ella tomaba sus decisiones y actuaba sus opciones.

Se trataba de un lente que cambiaba su mirada uniformándola a la mirada de Dios, a todo aquello que (a Dios) era de su agrado y a todo lo que (a Dios) daba gloria. La Fe fue el ámbito natural en el que Francisca se movía, allí en la óptica de la Fe, encontraba respuesta y serenidad; para ella era como estar en la nube de la Transfiguración con la mente y el corazón, pero siempre con los pies bien apoyados sobre la tierra. La ayudó siempre una profunda humildad a la que consideraba fundamento de una Fe verdadera:

“La humildad es el fundamento de la fe, y como la fe, hermosa hija de Dios, es la piedra angular de nuestra santa Religión, la base de la disciplina cristiana y el principio de la salvación eterna; es evidente que el valor y la excelencia de la humildad son incomparables.” {P. y P., Pág. 223 (5)}

La fe la hacía entrever, más allá de las situaciones terrenas, los bienes celestiales que nos esperan cuando nuestro camino concluya y, de algún modo, le daba una visión anticipada de los bienes eternos:

“Ven oh luz sobrenatural... haz que nuestros ojos sean siempre puros y puedan mirar siempre a través del luciente cristal de la Fe.” {E. una y otra ola, Pág. 155}

Los sentimientos y actitudes de Madre Cabrini fueron expresión constante de alabanza a Dios: “Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de Misericordia y Dios de todo consuelo.” 2ª Cor. 1, 3

EL DIOS CERCANO

Esta “mirada” hace ver “todo en Dios”, porque constantemente rectificado y adaptado al espíritu del Evangelio que le hacía leer los advenimientos personales, históricos, eclesiales, en positivo, pero sin ilusiones, sabiendo que tenía la responsabilidad de contribuir con su propio trabajo a mejorar el mundo en el que vivía. Así podía decir en su intimidad en sus Ejercicios Espirituales:

“yo soy de Dios y debo servir a Dios. El bien que hago es Dios que lo obra en mí; como el niño que escribe porque otro le conduce la mano.” {P. y P., Pág. 74 (2)}

El Cristal de la Fe que le hacía mirar la realidad con los ojos de Dios, era ante todo para dejarse poseer de Dios y rendirse dócil a su voluntad. Sentía a Dios a su lado que aguzaba su mirada.

“El ejercicio de la presencia de Dios esté siempre vivo en nuestro espíritu; veamos a Dios en todo objeto que se presenta a nuestra mirada reflexionando en la omnipotencia, sabiduría...” {P. y P., Pág. 70 (12)}

Benedicto XVI en una catequesis de los miércoles decía: “en toda la historia de la salvación, en la que Dios se ha hecho cercano a nosotros y espera con paciencia nuestro tiempo, que comprende nuestra infidelidad, alienta nuestro empeño y nos guía”. Benedicto XVI, 20/6/2012

Francisca Cabrini buscó y encontró esta cercanía, sobre todo en la oración, reconociéndose débil criatura:

“Dios es mi dueño absoluto porque me ha creado y me conserva y me presta ayuda. Oh gran dicha mía, ser sierva de Dios, toda suya, irrevocablemente suya. Él piensa en mí y yo me abandono en su infinita bondad y misericordia con indecible gozo de mi alma.

Él es mi Dueño y debo servirle. Oh felicidad inmensa. Yo puedo servir a Dios y Él se digna aceptar mi humilde servicio. Esto me estimula a un gran fervor y entrega, a una alegría celestial. Yo me abandono a Él totalmente; Él puede purificarme y hacerme digna de realizar todo con gran fidelidad.” {P. y P., Pág. 112 (1 y 2)}

Y es por esta filial dependencia del Padre que la ha creado, que quiere estar atenta a toda inspiración:

“No permitas que dé un solo paso, ni diga una sola palabra, ni haga un movimiento, ni me detenga en ningún pensamiento, si no es siguiendo el impulso de tus celestiales inspiraciones.” {P. y P., Pág. 100 (2)}

Sentirse hija, creada y amada por Dios, la hace exultar de gozo:

“Dios me ha creado y, por tanto, yo soy hija suya. Los hijos, para ser verdaderos hijos, no deben desdecir del carácter de sus padres; y yo, para ser verdadera hija de Dios, debo procurar ser cada día más perfecta en todo, a fin de imitar, siquiera como pálida sombra, la santidad de mi Dios. El carácter de Dios es la perfección infinita. No pudiéndome acercara tanta sublimidad, me esforzaré en velar atentamente para corregir mis defectos y crecer en el santo amor divino.

No pudiendo por mi insuficiencia ser perfecta, como quisiera, para imitar a mi Padre celestial, mi dulce Esposo, creceré en el amor, lo amaré cada vez más, me consumiré de amor por Él. El amor es fuerte como la muerte; el amor lo consigue todo.” {P. y P., Págs. 124/125}

Casi en todos los retiros espirituales que hacía regularmente, según las reglas de San Ignacio de Loyola, empiezan sus meditaciones con alabanzas a Dios Creador:

“Mi Dios me ha creado, yo soy su hechura; Él es mi Amo absoluto; yo le pertenezco más que el esclavo pertenece al amo, por lo que me corresponde la dulce obligación de servirlo en todo lo que a Él le plazca y en la manera que sea más de su agrado.” {P. y P., Pág. 208 (1)}

La cercanía de Dios es tan fuerte y sentida que Madre Cabrini percibe que Él habita en su corazón y esto será su secreto que le hace sentir el cielo sobre la tierra:

“Procuraré buscar a Dios dentro de mí misma, sin cansarme buscándolo ansiosamente fuera de mí; pero intentaré tener el ánimo bien purificado de toda imperfección, procurando que no haya nunca en mí nada que ofenda a la infinita pureza de su vista y que me impida verlo y conocerlo mejor.” {P. y P., Pág. 156}

El Dios cercano, amado y adorado en su corazón, impulsa a Madre Cabrini a la pasión misionera, sostiene su debilidad, provee sus necesidades y le da las alas del amor:

“En todas las cosas del mundo miraré a Dios que en ellas está por esencia, por presencia y por potencia, obrando en ellas y mediante ellas. Al ver a las criaturas no me detendré nunca en lo exterior, sino que miraré lo precioso del alma que encierran, implorando sobre cada una de ellas una bendición especial del Altísimo para su santificación. Rodeada de peligros y de enemigos, avivaré la fe pensando que estoy muy próxima a Dios, presente en todo y en todas partes, y así adquiriré gran valor, repitiendo las palabras de Job.” {P. y P., Pág. 156}

“La inmensa bondad de mi Dios me creó, prefiriéndome a una infinidad de personas que pudo crear en mi lugar. Con su infinito amor me destinó al fin más noble y excelso, esto es, a amarlo, a servirlo, a convertirme en su esposa y Misionera del Divino Corazón.

Él me conserva de continuo, provee con amor especial a todas mis necesidades, de manera que hace que a menudo me quede atónita ante tanta finura de amor, casi de amante apasionado... Por gracia señalada y privilegio especialísimo, me hizo nacer en un país católico, de padres muy dedicados a la piedad, mientras que una infinidad están fuera de la Iglesia, infieles, hebreos, herejes, cismáticos, y en cambio, yo nací aquí, en esta Iglesia que me suministra tantas ayudas, tantos medios, tantos socorros, de los que nacen tantas luces copiosas, estímulos, excitaciones, consuelos. ¡Oh, bondad inmensa de mi Dios, cuánto habéis hecho por mí y cuánto me obligáis con tantas finezas de amor! Por exceso de amor me disteis luego los Sacramentos, fuente saludable de la gracia. Me admitisteis a la comunión de los Santos, haciéndome partícipe de sus oraciones y de sus méritos; me disteis a Jesucristo y el Sacrificio de la Misa, en el que siempre puedo participar en los méritos de la Pasión Santísima de mi Amantísimo Esposo, y pagar con ellos todas mis

deudas. ¡Oh, Dios mío, qué grande, bueno y amable sois! ¡Oh liberalidad inmensa de mi Dios!, ¡cuán deudores os somos de todos vuestros beneficios incomparables, de tanta prueba de predestinación! Si tantos pueblos que se hallan entre las tinieblas y las sombras de la muerte, tantos desgraciados salvajes que viven en el seno de la barbarie, privados de las luces y los consuelos de la religión Católica, tuviesen también sólo una parte de los medios y ayudas que tengo yo, ¿cuántos frutos no obtendríamos? ¿Y yo qué hago? ¡Oh Dios mío y mi Amor y Bien inmenso! Yo quiero corresponder a tu amor, quiero ser tu fiel esclava, quiero servirte con perfección, pero mientras tanto acepta el sentimiento de mi profunda humillación, con la cual me confieso indigna incluso de uno solo de tus favores, y acoge caritativo la buena voluntad que tengo de serte siempre sierva fiel, laboriosa, ferviente en tu santo servicio y en procurar tu gloria, conduciendo hacia Ti, en lo que me sea posible por mi poca capacidad, a los pecadores, carísimos hermanos míos, y a mi buenas y santas hermanas, con las cuales soy indigna de vivir. In ipso vivimos, movemur et sumus.

Él, mi Dios, da el ser a mi ser, casi una creación continua. Conserva libre el aliento a mi pecho y me da voz sonora y robusta en cuerpo grácil, para que pueda cumplir mi deber de Misionera, publicando la gloria de su amabilísimo Corazón, tan misericordioso, santo y justo.” {P. y P., Pág. 187/188/189}

Esta cercanía de Dios es particularmente intensa en el momento de la santa Comunión, cuando Madre Cabrini puede decir:

“En la Comunión se alcanza el fin del amor, Dios está en el alma sacramentalmente; ¡qué momento inefable! Dios la toca, la estrecha en su seno y, viendo y contemplando su imagen, se complace en ella. Ve la obra de sus manos, la obra de la Cruz, y se complace en ella, se complace mucho. ¡Oh Dios, oh alma! ¡Qué unión! ¡El alma está en Dios, Dios está en el alma! El alma permanece en Dios y Dios en el alma. Qui manducat team carnem, me manet et ego in eo.” {Viajes, Pág. 233/234}

Esta experiencia le da infinito gozo y tranquilidad, porque sabe que reposa en la Providencia de Dios:

El alma abandonada perfectamente en los brazos del Omnipotente no desea ni gusta ya las cosas de la tierra, no se alegra más que en Dios, y cualesquiera que sean las disposiciones de la Providencia sobre ella, como se ha abandonado por amor, experimenta en aquellas disposiciones un gozo purísimo, porque la naturaleza no toma parte, y en su pureza es excelente. Encuentra ese gozo inefable que corre a torrentes deliciosísimos en su corazón, siendo semejante, dentro de lo posible, en esta tierra de destierro al gozo que experimentan los bienaventurados del cielo al cumplir puntualmente la santa, amable, adorable voluntad de Dios.

La paz del alma que descansa en la Providencia es inalterable y nada puede perturbarla, sabiendo que todas las criaturas están en manos de Dios y hace de ellas lo que le place.” {P. y P., Pág. 162/163}

Dios era todo y esto da a entender su vida, sus sacrificios, sus viajes, sus sufrimientos; vivía en Dios:

“He sido creada por Dios y debo vivir para Dios, con Dios y únicamente para su gloria. ¿Cómo glorificaré a Dios? Dependiendo totalmente de su voluntad. ¿Cuál es la consecuencia? Una perfecta indiferencia en todo lo que Dios permita en mí y alrededor de mí. Trataré de mantenerme en perfecto equilibrio de espíritu, no inclinándome más a una parte que a otra; alabaré siempre a Dios por aquello que permite, sin quejarme nunca de nada, pues todo lo que Dios permite hace sólo por mi bien y para su gloria.” {P. y P., Pág. 143}

La riqueza interior que quería alcanzar Madre Cabrini era como una surgente continuamente alimentada por la oración y por la unión con Dios y era la fuerza que caracterizaba su audacia misionera. De su interioridad se enriquecían sus religiosas y las personas que la frecuentaban; para ella era también un canal del que recogía agua pura para la formación de sus Hermanas. No tenía nada para sí, sino los secretos que Dios le comunicaba y que no podía transmitir, pero después todo lo daba a los demás. En su pedagogía enseñó siempre a estar en la presencia de Dios como ella trataba siempre de hacer. Y así recomendaba a sus Hermanas:

“Reposen siempre en Dios, sigan en todo y por todo su Providencia y no tengan muy en cuenta la prudencia humana. Deben ser siempre muy valientes, porque Dios es nuestro todo, tiene el hilo de nuestra conducta entre el laberinto y las intrigas que en esta vida producen la humana sabiduría...” {P. y P., Pág. 214}

“El alma que está íntimamente unida a Dios y revestida de una virtud superior, se hace dueña de sus pasiones, y no hay ninguna fuerza, ningún engaño que pueda hacerla caer en pecado...” {P. y P., Pág. 216}

Un ejercicio que pedía también a las Hermanas era enseñarles a decir con frecuencia pequeñas oraciones, llamadas jaculatorias porque, decía, el pensamiento es siempre llevado por distracciones; pero las jaculatorias nos llevan pronto a levantar el pensamiento y el corazón a Dios.

“El ejercicio de la presencia de Dios esté siempre vivo en el espíritu de Uds. Veámoslo en cada objeto que se presenta a nuestros ojos reflexionando en la omnipotencia, sabiduría y bondad del amable Jesús como lo hacían esas “bandadas de palomas” de Santos tan enamorados de Jesús.” {P. y P., Pág. 70 (12)}

“Digán con frecuencia al Corazón Smo. de Jesús, que reavive la fe en Uds. con una viva impresión de la Divina presencia y haga que sus corazones reciban siempre con respeto, como a su Dios, con confianza como a su Salvador y esposo y con amor como a su amoroso Padre.” {P. y P., Pág. No está la Pág.}

Pero es en “la oración hecha con fe” donde Madre Cabrini hallaba el secreto de todo: en ésa está la síntesis que la Madre encontraba para unificar todo: sus experiencias, sus esperanzas, sus sufrimientos, su misión y sus intenciones y de advertir siempre la presencia de Dios; y exhorta a sus Hermanas a la oración:

“Tengan fe, hijas, y todo lo que pidan en la oración lo obtendrán; sí, la oración, hecha con fe, todo lo puede, supera cualquier obstáculo, recupera lo perdido, redime el tiempo pasado, arregla todas las cosas. Si alguna vez nuestras oraciones no alcanzan el efecto deseado, examinémonos y encontraremos que quizá no hemos orado con las debidas condiciones y cualidades, quizá sin espíritu ni fervor, quizá sin un fin sobrenatural, quizá sólo a flor de labios y materialmente, a lo mejor con tedio y de prisa, y quizá sin recogimiento ni perseverancia. ¡Ah hijas mías, qué de cosas puede la oración animada por una fe viva! Todo, absolutamente todo. La fe y la oración unidas juntamente son una potencia superior a cualquier pensamiento; si los santos han hecho tantos prodigios y portentos, créanlo, todo lo han podido con la fe y la oración. Fe, hijas, tengan fe, porque quien reza con fe, reza con fervor, y el fervor es el fuego de nuestra oración y plegaria. Es éste un fuego misterioso, que tiene el poder de consumir en nosotros todos nuestros defectos e imperfecciones y restituir a nuestras obras y oraciones: vitalidad, belleza, mérito. El fervor producido por una fe viva es como una lluvia de aguas límpidas y cristalinas, que restauran, vivifican nuestras acciones, nuestros sufrimientos, nuestras penas; purifican cuanto en ellas encuentran de defectuoso y terreno y les devuelven su propio valor, su propia virtud, su propio esplendor. Pero entendamos, hijas, que no trato de hablar del fervor sensible, sino el fervor sustancial, que es el ardor producido por la fe viva.

Fervor y ardor que consisten en la verdadera unión del alma con Dios, en perfecta uniformidad de nuestra voluntad con la de Dios. Este fervor lo obtendrán con el recogimiento de las potencias del alma y con la vigilancia sobre ustedes mismas, despreciando enérgicamente, en cuanto está en vuestra mano, todos los pensamientos inútiles, vanos e inoportunos. El alma que se recoge en Dios, recibe en sus oraciones y plegarias el fervor de Dios, y por tanto, puede obtener de Él cuanto quiere y puede desear.” {E. una y otra ola, Págs. 175/176, De Génova a N. York, septiembre 1894}

A veces Madre Cabrini estalla en una alabanza de agradecimiento que se convierte en oración misionera:

“Eres mi Dios, mi Señor, mi grandeza; eres el Santo de los santos, el Rey de los reyes, el Creador de todas las cosas vivibles e invisibles, y tú, que me has dado lo más, me darás sin duda lo menos, esto es, las gracias que yo te pido para las almas tan queridas, para mis amados pecadores e infieles.” {E. una y otra ola, Pág. 235, De N. Orleans a Panamá, junio 1895}

EL DIOS CREADOR

La mirada de fe de Francisca Cabrini era una “mirada” de amor. Ante todo, como ya hemos dicho, Dios es su Creador, Aquél que la ha creado.

“Ese Dios tan bueno, tan amado, que ha hecho tantas cosas hermosas por sus pobres criaturas, obras de sus manos omnipotentes.” {E. una y otra ola, Pág. 47, De N. York a El Havre, agosto 1899}

Cada cosa creada la hacía exaltar de gozo; la belleza de la creación atraía su mirada y su ánimo quedaba encantado:

“Sobre cubierta se respira un aire reconfortante y se contemplan cosas muy hermosas: delfines que siguen nuestra estela, pájaros de todas clases, peces blancos que yo no había visto nunca hasta ahora, la fosforescencia del anochecer, tantas maravillas de la naturaleza que alegran el alma y la elevan a meditar en el poder, sabiduría y bondad de Dios, que las creó para nuestro placer y descanso.” {E. una y otra ola, Pág. 64, De El Havre a N. York, septiembre 1891}

Verdaderamente gozaba de la naturaleza y era para ella un consuelo, pero también un gozo el desear comunicárselo a los demás:

“El barco parecía rodeado de llamas rojas, de las cuales, de cuando en cuando, se desprendían amplísimas olas espumantes de un fuego verde, el cual también despedía muchísimas luces a modo de cometas, que relampagueaban como el rayo en las negras aguas, tornadas más tétricas por las tinieblas de una oscurísima noche, y estos cometas unas veces parecían apagados y otras veces se volvían a encender en bellos colores como palomas que cayeran. Pero la escena cambia, y mientras la nave parece estar siempre entre llamas, al ser el movimiento lo que enciende el fósforo de las aguas, parece que un trozo de cielo hubiese caído al mar, puesto que aparece todo estrellado con asteroides chispeantes. Más tarde vimos como una aurora boreal de las más encendidas, que corría hacia nosotros y por momentos nos rodeaba y parecía querer transportarnos en el aire con Enoc y Elías.

En un principio, la fantasía parecía infundir algo de miedo, puesto que no se comprende en verdad dónde nos encontramos y sólo el ruido de las olas nos aseguraba que estábamos sobre el agua; se querría huir al salón, pero la sorprendente escena detuvo; yo, además, les aseguro que tenía una curiosidad por asistir a todo aquel teatro, para poder luego describírselos y querría disponer de una buena pluma para hacérselos gustar igual

que yo lo vi y decirles al mismo tiempo, cuán magnífico es Dios, que sabe hacer tantas maravillas. {E. una y otra ola, Págs. 122/123, De N. York a Nicaragua, octubre 1891}

Este gozar de Dios en las cosas creadas por Él, le gustaba comunicarlo especialmente a las Hermanas, de modo de darles continuamente nuevas enseñanzas:

“Amemos, amemos al buen Dios, porque el cielo, la tierra, el mar dicen continuamente: ama a Dios. El inmenso océano que por todos lados nos circunda con sus aguas teñidas de gemas maravillosas, nos revela claramente la inefable solitud de nuestro amorosísimo Creador, al circundarnos por todos lados con sus gracias y bendiciones. Nosotras aquí, hijas, miramos el mar y nos habla; y ustedes contemplan la tierra en su inexhausta fecundidad, miran el amplio firmamento, todo lleno de estrellas, y contemplando con ojo atento el universo, advierten cómo en él esplenden los atributos de Dios: su potencia, sabiduría, bondad, y con nosotras, llenas de santo estupor, exclaman: ¡Oh qué bueno y admirable es el Señor en sus obras!” {E. una y otra ola, Pág. 182}

“Estando sobre cubierta contemplamos el vasto horizonte y la inmensidad del océano, en el que resplandecen vivamente los atributos de Dios, y especialmente su poder, su sabiduría, su bondad. ¡Oh qué grande y admirable es nuestro amantísimo Todo en sus obras! Todo cuanto ha hecho, lo ha hecho por nosotras, y nuestra gratitud debe ser incesante, y un consuelo muy grande para nosotras debe ser el recuerdo de tantos beneficios de los cuales están signadas casi todas las horas de nuestra vida. En los beneficios con que nos ha colmado debemos ver en espíritu constantemente la mano soberana del Dador, puesto que toda gracia es un acto distinto del amor de Dios.” {E. una y otra ola, Págs. 421/422, De N. York a El Havre, septiembre 1899}

También en las pequeñas cosas de cada día quería que se tuviera un gran respeto por las cosas que Dios ha creado. Comenta una religiosa en las “memorias” de Seattle:

“La reverenda Madre General (M. Cabrini) se sintió mal durante las horas de la siesta a causa del gran calor... Quisiera que todas las Hermanas fueran testimonio de la inalterable serenidad (de la Madre), yo al contrario, por falta de mortificación, no me quedaba quieta un minuto, y además entendía que la Madre debía sufrir mucho... En un cierto momento exclamé: “¡Qué feo sol!” y la buena y venerada Madre me dijo: **“¿Cómo tú te lamentas de lo que manda Dios? Es Dios que en su inmensa sabiduría ha creado el sol. Dios es tu esposo y ¿tú encuentras cómo criticar sus obras? El sol es una de las obras más estupendas de la creación. Es el sol con calor y esplendor que nos da una clara idea de su Omnipotencia.”** {De las memorias de Seattle, 16 de octubre 1903}

No olvidaba su espíritu misionero que la urgía interiormente, a anunciar el amor de Dios por la humanidad y que ella también sufría en su tiempo por la pérdida de la Fe de la gente que se deja confundir (y persuadir por otros credos). Así reflexionaba en uno de sus viajes:

“Y nosotras, lo mismo que el santo patriarca Abraham, tenemos ocasión de experimentar una profunda tristeza al ver a hombres que, después de haber abandonado y echado lejos de sí la Religión católica, después de negar a Dios y a Jesucristo, han llegado hasta el precipicio del ateísmo, del panteísmo, del naturalismo. “No hay Dios” han dicho los primeros. “No hay diferencia entre el bien y el mal”, afirman los segundos. “No hay cosa más hermosa que acumular riquezas por todos los medios posibles y darse a los placeres”, exclaman los terceros. Y con tales insensatas teorías han trastornado el mundo, y muchos han perdido el sentido común y la razón. De tales errores provienen todas las desgracias que nos afligen en el momento presente y amenazan el futuro. ¡Pobres criaturas desgraciadas! Yo quisiera poder ayudarlas, y, si quisieran escucharme y seguirme por un momento, me parece que los podría conducir a la felicidad. Pero ¿de qué manera? Vengan conmigo y repitan en lo íntimo de su corazón: - Existe un Dios vivo y verdadero, creador y

Señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmenso... Existe, en su mente divina, una ley eterna, según la cual quiere que el orden natural se conserve y que nadie lo altere. Existe en la mente del hombre una participación de esa ley eterna, con la cual comprende lo que es intrínsecamente bueno, o esencialmente malo..., lo que llaman “ley natural”, es escrita y promulgada por Dios mismo sobre el monte Sinaí y dada a los hombres, para que la observen; aquella que nosotros conocemos bajo el nombre de los Diez Mandamientos de la Ley de Dios. Existe la ley evangélica, perfección sublime de la ley escrita, pronunciada por la boca de Jesucristo mismo y enseñada por la santa Iglesia católica. Existe la sanción de esta ley, hecha por el mismo Dios, que promete premio y castigo según la observancia o la trasgresión. A todos los que observan fielmente los mandamientos de la Ley divina, Dios concede la paz del alma en esta tierra y la felicidad eterna del cielo.” {E. una y otra ola, Pág. 450/451, De Génova a Bs. Aires, diciembre 1900}

Su postura ecológica no sólo le hacía amar la naturaleza con su belleza, sino que además, la promovía a hacer cosas lindas, dignas de las obras de Dios. Sus casas, los ambientes que preparaba para los niños y las jóvenes, para los enfermos y/o huérfanos, eran agradables, luminosos, limpios, de tal manera que invitaban a la serenidad y acogida.

Son elocuentes las descripciones de las casas que ella fundaba, sobre todo (buscaba) zonas aireadas, luminosas, siempre con la finalidad de favorecer la salud de sus huerfanitas. La belleza, nunca fue un fin en sí misma, sino un medio que revelaba el orden y la armonía interior que cada Misionera tenía que tener y también el respeto a las personas, casi siempre pobres e indigentes que vivían en sus casas. Se puede decir que para ella, la belleza tenía una función pedagógica. Nunca fue el orgullo el que inducía a Madre Cabrini a crear obras hermosas; no se encuentra un renglón en sus escritos que pueda hacer pensar, ni remotamente, en este sentimiento; en vez escribe (habla) mucho, muchísimo de humildad, de ocultamiento, de anonadamiento, hasta demasiado. Parangonando la belleza de un cielo azul encantador, con la de un alma pura, escribe:

“Tiene un color azul hechizante, se asemeja el cielo a un alma enteramente poseída por Dios, con corazón alegre y tranquilo y rostro celestialmente paradisíaco. Esta alma, vuelta cada vez más hermosa por Jesús, escucha sus confidencias, y las gusta porque son más puras y preciosas que la plata y el oro; oye los preceptos de su Amado, y siente que le proporcionan vida y salud, porque están llenos de bálsamo fragante de gracia y de celestial sabiduría. ¡Oh dulce Jesús, debe exclamar esta alma, ilumina mi mente, ilumina mi entendimiento; tu gracia me socorra, para que animosamente recorra los senderos de tus amables órdenes! ¡Ea! , no permitas que yo tropiece por el camino, sino robustéceme con tu virtud, para que fielmente cumpla tus santos deseos. Fortalece, ¡oh Jesús!, mi débil e inestable voluntad, para que enérgicamente quiera lo que Tú quieres, y sepa rechazar lo que a Ti te disgusta; custodia tú mismo mi tabernáculo que en otro tiempo te consagré. Para esta hermosa alma consagrada a Dios, cualquier indicación de Jesús tiene una importancia incalculable; ella no sólo ejecuta cuanto continuamente le manda, sino que intenta prever jubilosamente sus deseos; no vive ya para sí, sino sólo para su Amado; tiene como alas en los pies para volar a donde la voluntad celestial la quiere; goza haciendo y sufriendo todo lo que sea por Jesús. Esta alma predilecta aprende, escucha la norma de su vida directamente de Jesús, y como lo ve obediente hasta la muerte, así lo imita con una perfecta obediencia a sus propias Superiores. Para esta alma, cualquier cosa es fácil; cualquier mandato, suave, porque conoce que en la obediencia encuentra la seguridad de sus pasos, la firmeza de sus obras, la fortaleza de su espíritu; está siempre alegre, siempre contenta, siempre sonriente; parece nutrida con flores celestiales; y, ¡oh cuántas, cuántas gracias conquista a cada momento, cuántos méritos! Alma semejante es un calco de la vida de los santos.” {E. una y otra ola, Pág. 162/163, De Génova a N. York, septiembre 1894}

El mismo escritor Giuseppe De Luca, que no era ciertamente afectuoso con la pomposidad de una Iglesia triunfalista, en el centenario del nacimiento de Madre Cabrini, escribió: “Visité, no hace muchos años, y tengo todavía en los ojos, las primeras casas y los primeros

lugares de su vida y de su apostolado. Sin embargo en la lozanía estupenda de la llanura lombarda, aquellas casas y aquellos lugares, respiraban pobreza, no la virtud de la pobreza y ni siquiera el desprecio de la pobreza, sino la pobreza desnuda y cruda; sufrida diariamente como un límite y como una servidumbre. Nada que hiciera presagiar que de aquellos espacios chicos, se aquellos muros bajos, de aquellos pasillos angostos, el vuelo futuro de la pobre maestra a través de toda Europa y más allá del Océano, llegara a ser la evangelizadora de los emigrantes dispersos e innumerables; creadora de grandes colegios y de perfectos hospitales, santa madre de muchas hijas humildes y de muchas solemnes obras.”

(del Osservatore Romano”, Pág. 3, 16 de julio de 1950)

Gozaba de las cosas bellas y apreciaba sus cualidades, si bien no se hacía demasiadas ilusiones. En Panamá tuvo algunos goces seguros que después, en un breve tiempo, se cambiaron en sufrimientos, pero como sea, así escribe de la casa (de Panamá) que las Hermanas le hicieron encontrar (eran las Hermanas que echadas de Nicaragua habían fundado una escuela en Panamá):

“Hermosa esta casa, y de un gusto singular; no parece que esté en la ciudad, sino a bordo de un buque, porque al sureste y al sur está rodeada por el mar, que viene a batir sus olas imponentes y a romper en orgullosos oleajes contra los muros de nuestro jardín, levantando una blanquísima espuma, más que la leche, y con algunas bolitas muy bonitas que nuestras niñas crearían confetis o sabrosos dulces. La habitación que nuestras buenas Hermanas me han preparado está rodeada por dos lados de árboles grandísimos, de estupendas naranjas que en racimos bien cargados vienen a posarse sobre el alféizar. Una de las ventanas da a un hermoso paseo, al fon del cual veo el mar y las bellas islas que parecen jugar en medio de la bahía, y sirven, en cambio, de puerto y de defensa a todos los barcos que vienen desde California y de todos los puertos del Sur, y también de Europa por el estrecho de Magallanes. De viajes tan largos, sin embargo, no llegan a este puerto sino acorazados y raras veces la Transatlántica. En nuestro jardín tenemos seis diferentes tipos de palmeras, plátanos, café y varias clases de frutas de las que ni siquiera puedo decirles el nombre.” {E. una y otra ola, Pág. 254/255, De N. Orleans a Panamá, junio 1895}

Pasando por la Louisiana, en los Estados Unidos, se paraba a describir la belleza de esos lugares y concluía:

“También aquí hay mucha belleza natural, pálida imagen de Él que es la belleza eterna y que para darnos un testimonio de su predilección profunda ha querido infundirlo sobre la tierra.” {E. una y otra ola, Pág. 524, A las alumnas del Magisterio, mayo 1904}

LA MIRADA DE DIOS

Madre Cabrini veía en su entorno todas las cosas creadas por Dios y observaba en ellas todo lo hermoso y bueno que poseían: las personas y las cosas como señal de que le revelaban el amor de Dios, su bondad y omnipotencia, su providencia, su preocupación por nosotros y por nuestra vida. Era como si sintiera en todo la mirada de Dios posarse sobre ella e invitaba a reconocerlo en todo; mejor aún esa mirada la hacía meditar, dirigir el pensamiento y el corazón hacia Él, abrirle nuevos horizontes de la Sabiduría de Dios. Viajando advertía esa mirada como una continua protección.

“Aún cuando nosotras estamos en el mar, lejos del santo tabernáculo del Amor, sin embargo, aquí también en el mar hay una escala misteriosa que llega al cielo; también aquí los ángeles suben y bajan por nosotras. Desde lo alto, el buen Jesús nos mira y nos hace amplias promesas, por lo que también nosotras podemos repetir con Jacob: Verdaderamente el Señor está en este lugar, y nosotras no lo sabíamos.” {E. una y otra ola, Pág. 153/154, De Génova a N. York , septiembre 1894}

Un autor contemporáneo, un teólogo ortodoxo, así explica eso de la mirada que Dios dirige a cada uno de nosotros para revelársenos:

“La fe es ante todo un modo de conocer. En el origen de cada acto de conocimiento se esconde una elección inicial, una orientación imperceptible de todo nuestro ser que enciende el pensamiento. Éste es despertado por un impulso que viene desde adentro, de un impulso que nace de lo íntimo, del deseo de poseer una cosa que lo atrae, como imán, lo provoca y lo llama la fe parte de esta provocación de Dios, que es innata en la naturaleza humana, o bien, “de la luz verdadera que ilumina a todo hombre.” (Jn 1, 9) de la que conservamos sus huellas. Un día la luz se abre camino en nosotros y nos invita a buscar su puente. Pero su llamada proviene de aquel compendio de nuestra vida que es mucho más silencioso que el de la inteligencia... El conocimiento de Dios es re-conocer de la memoria despertada de la vida inicial, del amor, de la mirada arrojada sobre nosotros y de la gratitud. Ciertamente la gratitud por los signos que Dios nos ha dejado, o por sus dones, es como un cirio que ilumina el mar...” (Vladimir Zelinski, “Rivelami il tuo volto”, Ed. Effata, Pág. 16 a 20)

La mirada de Dios (en Madre Cabrini) le hacía leer las señales que Él prodiga sobre la tierra como ella dice: **“habituada como estoy”** y explica aquello que los otros no entienden:

“Aquí termina el Norte y comienza el Mediodía, y parece justamente que una doble naturaleza de clima vaya a encontrarse misteriosamente, porque el termómetro marca 27° C de calor, y el aire está tan frío que pone la piel de gallina. No crean, sin embargo, que es siempre así, sino que todos están maravillados por este nuevo fenómeno; yo, en cambio, no me sorprende, habituada como estoy a ver suceder a menudo muchas cosas imprevistas, pero siempre perfectamente dispuestas por la suave mano de ese Dios que en la economía de su santísima Providencia, tiene siempre nuevas maravillas reservadas para las almas que saben elevarse sobre la tierra y abandonarse plenamente en Él.” {E. una y otra ola, Pág. 271, De Panamá a Bs. Aires, octubre 1895}

La mirada de Dios era, por lo tanto, una presencia que guiaba a Madre Cabrini en el actuar de cada día, en la oración primero de todo, en el amor por Dios y por los otros, pero también en los viajes, en las dificultades, en la relación con las personas, en los momentos de soledad como en aquéllos de gozo que Dios le concedía viendo creer sus obras. Se sentía custodiada por Dios, como dice San Pedro: “por la potencia de Dios son custodiados mediante la fe...” (1ª de Pd. 1, 5) y esto le daba seguridad y serenidad en sus elecciones:

“Amemos, amemos al buen Dios porque en el cielo el Señor hace su obra.” {E. una y otra ola, Pág. 182, De Génova a N. York, septiembre 1894}

El amor de Dios la llevaba a agradecer y a cumplir las obras que Dios le pedía, pero para poder hacerlo era necesaria esta constante mirada de Dios que le hacía discernir siempre aquello que más le agradaba a Dios. No se podía permitir tener a Dios sólo para sí misma:

“Nada vale mi amor por Dios, si no posee un celo devorador de la mayor gloria de Dios y de la salvación de las almas, junto a un santo ardor que me empuje siempre a mayor perfección, para hacerme menos indigna al tratar con Dios y por Dios.” {P. y P., Pág. 160}

Contemplación de Dios en sus obras y acciones y de sus Misioneras era el único campo en el que se podía, para Francisca Cabrini, vivir de Dios. Así escribe Giuseppe De Luca:

“No otro, si no este amor de Dios era su alma. Amor, de todas las horas, de todas las acciones, de todos los pensamientos, de todos los afectos. Rezaba, y amaba. Trabajaba, y amaba. Viajaba, y amaba. Hablaba, y amaba. Sonreía, y amaba. Reprendía, y amaba.

ORACIÓN

***“He sido creada por Dios y debo vivir para Dios,
con Dios y únicamente para su Gloria.***

***¿Cómo glorificaré a Dios?
Dependiendo totalmente de su voluntad,
con una perfecta indiferencia
en todo lo que Dios permita en mí y a alrededor mío.***

***Trataré de mantenerme en perfecto equilibrio de espíritu,
no inclinándome más a una parte que a otra,
mas alabaré siempre a Dios por aquello que permite,
sin quejarme nunca de nada,
porque todo lo que Dios permite,
lo hace únicamente para mi bien y para su gloria.”***

{P. y P., Pág. 143}

CAPÍTULO SEGUNDO

“Y en verdad todo lo tengo por pérdida,
en comparación del sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo.”

Fil. 3, 8

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre
antes de todos los siglos.

SANTA FRANCISCA CABRINI Y EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

“Caminen por lo tanto en el Señor Jesucristo, como lo han recibido, bien radicadas y
fundadas en Él.”

Col. 2, 6

Este versículo de la carta a los Colosenses parece haber sido una directiva de Francisca desde su infancia, cuando siendo niña y yendo al confesor a pedir alguna explicación, tenía como respuesta del Sacerdote: “Anda y dile a Jesús”. Más tarde Francisca Cabrini, escribiendo al mismo sacerdote (Mons. Dedé) le escribirá:

“Me acuerdo siempre cuando en mis perplejidades, en mis dudas, en mis penas, Ud. me decía: pero ¡anda a decírselo a Jesús! Oh, sublimes palabras que yo entonces no entendía bien por mi ignorancia espiritual, pero ahora entiendo el misterio único y suavísimo que en sí encierra porque cada vez que una pena me aflige amargamente o una necesidad me urge, corro al Tabernáculo y después de desahogarme con mi Jesús, siempre salgo consolada y reconfortada.”

Este ejercicio de fe, recurrir a Jesús en cada momento de su vida, caracterizó la espiritualidad de Francisca Cabrini que llegó a ser la fiel discípula de Jesús, de quien recibía inspiración para todas las situaciones.

“Jesús, este Sol divino, no está fuera del alma fiel, sino dentro de ella, y habita en ella como en un trono de amor. La luz increada de Jesús penetra en todos los sentidos y formas al alma, según sus disposiciones, especialmente de humildad, de pureza y de caridad. El alma encuéntrase ante esa luz divina como un serafín, presa toda ella de estupor y de amorosa admiración, teniendo sin advertirlo, todas sus potencias recogidas en un sagrado silencio, no deseando otra cosa, en este estado de celestial paz y serenidad, sino el agradar cada vez mejor a su amado Jesús: en Él sólo se deleita y se complace con infinita felicidad y beatitud. Las plegarias intelectuales de esta alma suben como fragante perfume hasta el Corazón de Jesús, el cual ya por sí mismo le ha enseñado a rezar y a orar. El alma ante este Sol divino está en un continuo éxtasis divino: vive, sí, en el mundo, y por necesidad trata con el mundo para la gloria de Dios y la salvación de las almas, incluso probando nuevos medios; pero su vida está encerrada y perfectamente sepultada en el Corazón de Jesús. El Corazón de Jesús, para un alma fiel a su congregación, es un sol fijo que la asaetea con sus rayos divinos, la ilumina por los senderos de la justicia y la santidad, y aun cuando sea uno en sí, va multiplicándose en sus efectos y en sus operaciones,

obrando siempre suave y poderosamente. En ocasiones, ilumina tan admirablemente el intelecto, que la pluma no sabe escribir lo que la mente ve. Este Amante divino se hace como preceptor del alma amante y fiel, y la guía siempre en todos sus pasos, consolándola siempre con su luz bella, suave, amable, salúfiera.” {E. una y otra ola, Pág. 284/285}

Muchos momentos de su vida y de su misión revelan su intimidad con Jesús: “El 30 de abril recibimos una carta de nuestra amada Madre; todas estábamos ansiosas para saber cómo había hecho el viaje y cómo se encontraba de salud; pero cuánta confusión, terror, gozo y gratitud al buen Dios al leer el contenido. La Madre nos dice de rezar y agradecer al Señor por la gran gracia recibida o mejor dicho por el milagro, porque por milagro fue salvada. En su carta nuestra Madre nos dice que, al poco tiempo de haberse acostado en su cabina (del tren) para dormir durante la noche en el viaje hacia Nueva Orleans, en un momento escuchó como un disparo de fusil y al mismo tiempo los vidrios de su cabina cayeron en pedazos y ella, no sabiendo qué sucedía, de inmediato recurrió a su dulcísimo Jesús pidiéndole ayuda, exclamando con fe y amor: **“Oh Sagrado Corazón, oh Sagrado Corazón”** y ciertamente fue Él quien salvó su preciosa vida, porque un largo, puntiagudo y veloz clavo rozó sus cabellos, y dejándola ilesa, se clavó en un ángulo de su almohada. El encargado y otras personas corrieron enseguida y, preguntándole por lo ocurrido, ella sólo respondía: **“Oh Sagrado Corazón, oh Sagrado Corazón”**; es de imaginar el asombro de ellos cuando la Rev. Madre les mostró el clavo y cómo estaba ilesa. Se dice que, quien disparó era un rival de la Compañía Ferroviaria en la que viajaba la Madre, y que fue por envidia del buen suceso que tenía esta Compañía. Pero mientras tanto, se ve que el ángel de las tinieblas, rabioso por el bien que hace nuestra venerada Madre, quería hacerle una mala jugada; pero el Sagrado Corazón de Jesús frustró su deseo. En agradecimiento de tal gracia, hemos hecho un triduo con bendición solemne y publicamos el hecho en el periódico católico con el título “Vivo agradecimiento al Sagrado Corazón de Jesús”.

{De las “memorias de la Casa de Denver”, EEUU, 30 de abril 1904}

Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, es para Madre Cabrini el Sagrado Corazón de Jesús, a quien había consagrado su vida, su Instituto, su Misión. Desde el principio de su misión, desea **“participar de la amplitud de este Divino Corazón que todo lo abraza, todo lo abarca, todo lo anima, todo lo une y concentra junto a Sí.”** {E. una y otra ola, Pág. 21}

Su trabajo era todo **“A la mayor Gloria del Corazón Santísimo de Jesús”**, su vida la había donado al Corazón de Dios renovando continuamente **“su total ofrecimiento como víctima de su Corazón”**. {P. y P., Pág. 117} con el deseo constante de querer **“alargar sus brazos para abrazar el mundo entero y entregarlo a su Jesús.”** {P. y P., Pág. 91} y viviendo **“encerrada totalmente en su Corazón como en un castillo”**. {P. y P., Pág. 88 (42)}

Francisca Cabrini, en su culto al Sagrado Corazón de Jesús, tiene siempre presente que **“el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son sus Patronos y la poseen absolutamente”**. {P. y P., Pág. 112 (3)}

a) Identificación personal con Jesús

La relación con Jesús, así intensa, esponsal, profunda, es absolutamente privilegiada, tanto como para querer reposar sobre el Corazón de Su dilecto Jesús.

“El nombre de Jesús es para mí sabiduría, justicia, santificación y redención. Él es mi Maestro, mi guía, mi piloto, mi pastor, mi médico, mi padre, mi juez y mi abogado, mi protector y defensor.

Yo lo tengo todo en Jesús amantísimo, querido Esposo, y Él es todo para mí. Si estoy enferma, Él es mi salud porque me sostiene material y espiritualmente; si tengo hambre, Él es mi manjar que tan suave y robustamente me sacia; débil, me vigoriza con su fortaleza; pobre, me enriquece; ignorante como soy, Él es mi sabiduría, y pecadora como soy, tan miserable, me purifica cada vez que me humillo y me eleva hasta su Divino Corazón, me abraza con su infinita bondad y me hace repetir: Omnia possum in Eo qui me confortat. Con Dios haré cosas grandes.

Jesús es mi fuerte y admirable consejero, padre del siglo futuro, príncipe de la paz; Jesús venció a los demonios; en Jesús todo fue nuevo y maravilloso, su doctrina está llena de admirables consejos; Jesús es el príncipe de la paz, es la abundancia de la perfectísima paz”. {P. y P., Pág. 150/151 (14, 15, 16)}

En el Corazón de Jesús, Madre Cabrini vivía. Podemos intuir que era ella la persona a la que alude en su escrito privado:

“Mientras un alma se estaba desahogando en santos afectos hacia Jesús, Él le mostró su amabilísimo Corazón diciendo: “Amada mía, tu corazón es mío, lo quiero para mí perpetuamente y te lo quito del pecho para que de ahora en adelante tú no obres más que con el mío.”

“Y aquella alma sintió que se lo quitaban del pecho con gran fuerza y más tarde, durante más de un año, tuvo en aquella parte convulsiones insólitas sobre las que los médicos no sabían qué decir. Desde aquel momento sentíase aquella alma como languidecer de amor por su amado, especialmente cada vez que estaba delante de la imagen del Sagrado Corazón, que parecía hablarle siempre y mirarla tiernamente.” {P. y P., Pág. 58/59 (17)}

En las grandes perplejidades que a veces la afligían se confiaba al Corazón de Jesús, quien le daba de nuevo paz y serenidad.

“Asísteme siempre, Jesús con tus amantísimas inspiraciones y mueve mi corazón a ser cada vez más dócil a ellas con gran impulso y amor.

Cuando hemos obrado según el impulso que creíamos bueno en el presente, no hay que preocuparse por los temores que vienen después, pues son obra del demonio para quitar la paz.” {P. y P., Pág. 99, octubre 1899}

b) Jesús: impulso, centro y fin de su Misión

Su única preocupación es siempre:

“Amar a Jesús, buscar a Jesús, hablar de Jesús, hacer conocer a Jesús y sus perfecciones divinas, su Bondad infinita. Éste será mi interés principal, el fin de todos mis pasos, de todas mis preocupaciones; de todo, en suma, lo que el cargo que ocupo me impone.” {P. y P., Pág. 152 (20)}

Madre Cabrini soñaba con tener un barco para **“llevar el nombre de Jesús a quienes no lo conocen o lo han olvidado”**. {E. una y otra ola, Pág. 25}

Este deseo estaba grabado tan fuertemente en su corazón que la hacía vivir como en un camino que la conducía siempre a buscar la Gloria del Corazón de Jesús.

Y éste será también el empeño de toda su vida: hacer conocer y hacer amar a Jesús. Un empeño que aplicará sobre todo en la formación de las Hermanas a las que llama **“hijas carísimas”**.

La Fe en Jesucristo las llevará por toda la vida a hacerlo conocer; la experiencia esponsal las hará sufrir de los mismos sufrimientos de Jesús en el huerto de Getsemaní, en la cruz y en el abandono de los discípulos; las hará consumir de amor, pero las llevará también a hacerlas participar del gozo misionero de la evangelización porque:

“Al presente, son ya más de cuatrocientas las Misioneras del Sagrado Corazón que trabajan día y noche en estos Estados Unidos, y sin embargo, son como un pequeño manojito de espigas en un campo inmenso. ¡Oh que el Sagrado Corazón de Jesús nos conceda el que, para mayor gloria suya y salvación de las almas que ha redimido, vengan muchas almas generosas a enrolarse en nuestras filas, bajo la bandera del Sagrado Corazón!” {E. una y otra ola, Pág. 557}

“Todo esto, sin embargo, no es mérito nuestro, sino fruto de la caridad de Cristo, y de la prodigiosa fecundidad de nuestra santa Religión, verdadera amiga de los pueblos, luz que les guía en las tinieblas, casa donde refugiarse, torre de fortaleza, puerto de salvación.” {E. una y otra ola, Pág. 550}

La misión suscita en Madre Cabrini el gozo y el entusiasmo porque creer en Jesucristo significa para ella, sobre todo participar en su misión con la fuerza del testimonio y la fatiga de la evangelización. Ella misma cuenta sobre un pasajero al que conoció durante una travesía (en barco) que no era demasiado creyente.

“A estos señores y a nosotras nos han puesto en uno de los principales sitios en el comedor, cerca del comandante, y a nosotras se ha añadido una quinta persona, que es un abogado napolitano, y aquí toda la conversación termina hablando de historia, de letras, de ciencias, etc. Cuando, alguna vez, el napolitano se pasa de la raya, yo callo hasta un cierto punto; pero luego, expongo la verdad y casi sin que se dé cuenta lo induzco a aprobar el bien, al declarar que sólo en el bien verdadero y real, según Dios, se encuentra la verdadera felicidad. Un día pretendía demostrar que para convertirse él, al tener que sofocar y apagar el ardor de su ánimo y la vehemencia de las pasiones humanas, se convertiría en una gélida montaña de hielo, indiferente a todo, incluso a lo más bello y grande. Yo le hice observar cómo la llama de las pasiones humanas, mientras deja en el ánimo el vacío y la desolación, transmutada en llama celestial mediante la gracia y la suprema luz del cielo, crece prodigiosamente y aumenta hasta convertirse en un volcán de amor a Dios,

un verdadero incendio, que ninguna criatura humana podrá apagar mientras de su parte mantenga la buena voluntad.

Tenemos buenos ejemplos de ello. Un Agustín, una Magdalena, ¿se hicieron quizá montañas de hielo con su conversión? Todo lo contrario: si no, no tendríamos tales prodigios de conversión y de admirable santidad si aquellas dos almas no hubieran cambiado la llama de las pasiones humanas en un volcán de inmenso amor a Dios. Pero, la generación presente es demasiado miserable, demasiado desgraciada. Se estudia, se estudia mucho, pero no se estudia la religión, que está aprobada por los estatutos y es erradicada de las escuelas, y, mientras tanto, se va, se va rápidamente más que en un tren relámpago hacia el precipicio y la ruina. ¡Oh amantísimo Jesús!, ¿no ves tantas ruinas? Pero no nos vuelvas la espalda; levántate como un gigante, ¡oh Amado mío!, levántate y ven al campo de la Misión de tus amadas Esposas que anhelan agregar a tu reino a todas estas almas. Ven, ven: te aguardamos, te deseamos, te suspiramos. Ven, cual sol fulgente, y con los rayos vívidos y luminosos ilumina la tierra cubierta ahora por densa oscuridad. ¡Oh Jesús mío, suspiro de los siglos, amor encendido por tus hijos!, acelera el paso y ven a dar vida a quien se sienta en las tinieblas de la muerte. Por tu Corazón santísimo, ¡oh Jesús!, sana las desgraciadas llagas de la humanidad languideciente. Nosotras, tus Misioneras, tenemos fijos los ojos continuamente en Ti: si Tú quieres, se salvarán todas las almas que de varias formas nos conciernen. Pero sí que lo quieres, y eficazmente lo quieres, porque tu nombre mismo indica salvación, gracia, unción, amor. ¡Oh cuanto más lo invoco, más lo

encuentro siempre nuevo, amado, dulce, amable! Tú eres mi vida, mi todo: consuela, pues, a quien tanto te ama, consuela a tu pobre sierva, y salva, salva, a la desfallecida generación que nos confiaste. Mira a estas almas redimidas con tu preciosa sangre, míralas con ojos de piedad y de amor, hiérelas con un dardo ardiente de tu inmensa caridad, enciéndelas y transfórmalas a todas.” {E. una y otra ola, Pág. 353/354/355}

c) Madre Cabrini llevaba su Instituto en el Corazón de Jesús

Su misión, sus más queridos afectos, sus obras, su comunidad estaban presentes en el Corazón de Jesús.

“Envío un saludo de corazón a todos, implorando sobre todos una bendición especial del buen Jesús, asegurándoles que no los olvidaré nunca en mis pobres oraciones, y lo mismo procuraré que hagan en todas nuestras comunidades. Y a ustedes, mis queridas hijas, las dejo a todas en el Corazón santísimo de Jesús, nuestro seguro asilo en el cual siempre nos debemos encontrar unidas, aun cuando estemos separadas a cuatro o seis o más miles de millas. La Misionera no conoce distancias; el mundo es para ella una pequeña colonia; el espacio es un punto imperceptible, porque está habituada a considerar el espacio infinito de la eternidad, a la cual quería conducir con felicidad verdadera a todas las almas redimidas por la sangre preciosísima de Jesucristo. Ensanchad, pues, vuestros corazones, ¡oh Misioneras del Sagrado Corazón!, y dilatad vuestras almas, y no se contenten con poco, sino esforzaos por ser grandes santas para santificar a todos cuantos por obediencia deban acercarse y consolar así a vuestra madre lejana, que sólo sabe deleitarse en el jardín de las flores perfumadas de vuestras virtudes.

Jesús las bendiga y las encierre siempre en su hermoso Corazón, donde cada día y a cada hora va en espíritu a visitarlas.” {E. una y otra ola, Pág. 257/258}

El lema que había tomado de San Pablo Todo lo puedo en Aquél que es mi fuerza, expresa la confianza total en Jesús, por el cual no había ni titubeos de Fe, ni de Esperanza. Con Jesús, Francisca podía hacer todo. De hecho el lema de toda Misionera debe ser: **“Todo a mayor Gloria del Santísimo Corazón de Jesús”**, y en las dificultades, **“todo lo puedo en Aquél que es mi fuerza”**. {E. una y otra ola, Pág. 480}

Insistía en que las Hermanas atendieran la madurez de la fe, la santidad, porque esto garantizaba el éxito de la misión:

“Sean santas, hijas mías, y llevarán con Uds. todas las bendiciones. Lleven con Uds. un corazón grande en la confianza del Corazón Smo. de Jesús y estén ciertas de que sucederá según la fe de Uds.” {Epistolario de Sta. Francisca J. Cabrini, Vol. 3, Carta 971}

d) Jesús en la Eucaristía, alabanza, alimento personal y fuerza misionera.

El Tabernáculo con su cerradura y sus dos pequeños portalámparas pegados (a los costados), el cofrecito para las Hostias, son símbolos del amor de Madre Cabrini por la Eucaristía. No un amor sentimental, sino un amor fruto de la Fe de que Jesús está presente en la

Eucaristía, vivo y verdadero. Era su nostalgia constante, cuando viajando por meses y meses, debía renunciar a la Eucaristía y cuando escrutaba en el horizonte para ver algún campanario que le hiciera pensar en alguna Iglesia.

“Mientras tanto, nuestra vista se extendía hacia aquella tierra para divisar algún campanario, y así poder saludar con renovado entusiasmo a Jesús presente en el Sacramento, en el mismo instante en que tantas Hermanas nuestras estaban haciendo la hora de Adoración, al ser viernes. Afortunadas ustedes, hijas carísimas, que se encuentran ante el vivo centro de nuestra vida; felices ustedes que oyen sus latidos y su cálida palabra, que pone en ustedes una gran fuerza, una imperiosa necesidad de corresponder al amor de vuestro Amado, poniendo por obra los santos propósitos de ser generosas sacrificándose para gloria de Dios.” {E. una y otra ola, Pág. 99}

Uno de los escritos más notorios sobre la Eucaristía nos permite evidenciar su Fe en la presencia de Jesús, centro de su vida, en la Santa Misa, en Adoración y en la Comunión.

Madre Cabrini empieza su meditación sobre la Eucaristía con una introducción que quiere dar fuerza a su discurso, apoyándose en la experiencia de Santa Gertrudis.

“En el secreto de los santos tabernáculos, el amoroso Corazón de Jesús está observando todas nuestras necesidades, y para ayudarnos no espera otra cosa que vernos a sus pies muy confiadas, para unir nuestras plegarias a las suyas.

Recordemos a menudo lo que dijo Jesús a su amada Gertrudis: “He aquí mi Corazón; sabe valerte de Él para suplir todo aquello que falta a tus oraciones”. En otra ocasión, Santa Gertrudis, tan enamorada de Jesús, hizo una cálida oración, que sirve de modo especial para las Misioneras, en la cual protestaba que si fuera necesario recorrer todo el universo con los pies descalzos, hasta el día del juicio final, para conducir a su divino Corazón a todos los hombres, lo habría hecho con toda el alma, y habría llevado a cada uno de ellos en sus brazos, presentándolos para poder así satisfacer al menos en parte los deseos infinitos de su dulcísimo divino Amor. Además que, si hubiera sido posible, habría querido dividir su corazón en tantas partes cuantas son los hombres sobre la tierra, para comunicar a todos la santa voluntad de servirlo y alegrar así perfectamente a su divino Corazón. Se le apareció entonces Jesús, representándole el ofrecimiento que iba a hacer bajo forma de un riquísimo don, enviado a la augusta Trinidad, y mientras este don se alzaba a los cielos, los ángeles parecían inclinarse ante su presencia. Conoció entonces claramente que cuando se ofrecen a Dios oraciones o santos deseos, toda la corte celestial los acoge y los levanta hacia su trono, puesto que dones semejantes agradan a Dios; pero cuando a los propios méritos se añaden los de Jesucristo, los santos mismos ofrecen sus respetos.” {E. una y otra ola, Pág. 228/229}

E invita de inmediato a la Adoración:

“Corramos pues, hijas mías, corramos a menudo al Tabernáculo, como el ciervo sediento corre a la fuente de aguas vivas. Mientras vivamos en este destierro, lejos de la patria celestial, no nos demos punto de reposo si no nos estrechamos al Corazón de Aquél que amamos ardientemente, como verdaderas esposas y Misioneras de su divino Corazón. Vayamos siempre al divino Corazón, pensemos en Él, corramos a Él, suspiremos por Él únicamente y siempre, puesto que la vehemencia del amor de Jesús por nosotras, los prodigios de invención de su amantísimo Corazón hacia nosotras son algo maravilloso. Correspondámosle y digámosle a menudo: ¡Oh amor único de mi alma!, Tú me iluminaste

con tu luz y yo te conocí; Tú me atrajiste con tu caridad suave, y yo vine aquí y te sirvo: Tú dijiste a mi corazón: Ámame”, y yo, afortunada, te amo, y siempre quiero amarte más; Tú ¡oh amor! me amas sin mí, porque eres Dios, y yo no puedo amarte sino contigo, porque soy tu criatura. Yo bebo en la fuente de las aguas que me vienen de Ti, te deseo, contigo; pienso en Ti, contigo soy tuya, ¡porque eres mío! ¡Oh, mi Amado todo lo puede, todo lo sabe, todo lo posee! Él es inmortal e incircunscrito, inmutable, incomprensible, inefable, inestimable, y su bienaventuranza es eterna.” {E. una y otra ola, Pág. 228/229}

Retoma sus consideraciones apoyándose en la Sagrada Escritura:

“¡Oh si pudiéramos entender la admirable sabiduría de Jesús en el prodigio del amor sacramentado!

La reina de Saba, oyendo ensalzar tanto la sabiduría del rey Salomón, fue desde Oriente con rico aparato hasta Jerusalén, se presentó al rey sabio; pero ¡cuál fue su maravilla y su estupor al oír el inmenso saber del rey Salomón! “Oh señor, exclamó ella; bien ciertas son las cosas que yo había oído en mi país sobre tu sabiduría, he visto yo misma con mis ojos y he que ni siquiera la mitad de la verdad me habían contado.” {E. una y otra ola, Pág. 229/230}

Sigue la adoración con un coloquio íntimo:

“Pero ¿qué dirá el alma de Ti, ¡oh sabiduría increada!; qué dirá mi alma de Ti, encontrándose en tu adorable, majestuosa presencia en el Santísimo Sacramento del Altar? ¿Qué sentimientos suscita en mí la contemplación de tu maravillosa sabiduría y amor en este augustísimo misterio? ¡Oh celestial Salomón, tu sabiduría no tiene límites, porque eres la sabiduría increada del Padre; tu amor es infinito, porque eres Dios, y tu amante sabiduría en el misterio de la Eucaristía nadie puede investigarla!

¡Oh Amado mío, que has querido por tu bondad hacerme Misionera de tu Corazón!; instrúyeme, mientras estoy a los pies de tu Tabernáculo, y yo aprenderé. Revélame los prodigios de tu amor, las maravillas de tu sabiduría en este sacramento, y yo las contaré a todas las gentes, para que todos te conozcan más y más te amen.

In universo mundo narrabo mirabilia tua.” {E. una y otra ola, Pág. 230}

Recuerda las palabras de Jesús:

“Jesús habló y dijo: “Tomad y comed, éste es mi cuerpo; tomad y bebed, ésta es mi sangre.” Dijo, y el Sacramento verdadera y realmente se hizo. Ipse dixit et facta sunt.” {E. una y otra ola, Pág. 230}

Instruye con una pequeña catequesis eucarística:

“Con las palabras de la consagración proferidas en nombre de Jesús por el sacerdote que celebra el Santo Sacrificio, el pan se convierte o se transustancia en el Cuerpo de Jesús, y el vino se convierte o transustancia en la Sangre de Jesús, tanto el cuerpo como la sangre de Jesús se contienen bajo las especies o accidentes del pan y del vino, los cuales accidentes se mantienen sin la propia sustancia del pan y del vino, por

milagro de la omnipotencia divina. Realizada la consagración, el pan y el vino han desaparecido sustancialmente, quedando sólo los accidentes de ellos, como otros tantos velos de amor y sabiduría, para esconder a nuestros ojos materiales a Jesús glorioso presente, para darnos materia de fe, confianza y valor al acercarnos a recibirlo en nuestro corazón.

Mientras se conservan las especies, perdura la presencia sacramental de Jesús; cuando luego se consumen, el cuerpo amantísimo de Jesús se retira y desaparece. Sobre el altar, pues, no se operan sino prodigios. Los sacerdotes que durante las veinticuatro horas del día ofrecen el divino Sacrificio en tantos países, ciudades y pueblos, son innumerables; por esto Jesús está presente en cien mil lugares en su Sacramento de amor.” {E. una y otra ola, Pág. 230/231}

Después retoma su entusiasmo por la bondad de Jesús:

“¿Podía darse invención más hermosa y más santa que ésta del divinísimo Sacramento? ¿Podía el amante Jesús darnos mayor muestra de amor? Pero recuerden, hijas mías, que el santo Sacramento es como la columna de fuego que fue luz y guía en la tierra de promisión para los israelitas y tinieblas para los egipcios. Es este misterio de la Eucaristía como el de la Cruz; esto es, que los incrédulos lo tenían como un escándalo y los sabios del mundo como una locura, mientras que para los humildes creyentes es virtud y sabiduría de Dios. Sólo a los pequeños, a los humildes de corazón, a los dóciles de mente y de corazón revela el Padre celestial estas inefables, incomprensibles verdades del santísimo Sacramento. Ellos solos las acogen en el corazón, porque las han acogido primero dócilmente en el entendimiento. Ellos solos, por tanto, gozan de todas las inmensas riquezas y dulzuras de tan augusto misterio de sabiduría y de amor.

Estas perlas preciosas están escondidas a los sabios y a los prudentes del mundo; los desventurados las tienen ante sus ojos, pero no las ven; oyen hablar de ellas, pero no las entienden, porque tienen tapados los oídos de la fe humilde y del amor obligado.” {E. una y otra ola, Pág. 231/232}

Su oración se transforma en una oración eclesial y misionera:

“¡Oh si todos entendieran los tesoros que tenemos en el santísimo Sacramento! ¡Qué grandeza, qué riqueza, qué dulzuras, qué alegrías! ¡Oh si todos por lo menos una parte, entendieran el amor maravilloso de Jesús en el Sacramento! ¡Oh Padre, oh Pastor, oh Jesús, qué admirables son tus obras, qué amables tus ternuras! ¡Tú estás en el santísimo Sacramento para mí, Tú estás para todos, como en la Hostia Tú estás todo en toda y todo en cada partícula! ¡Oh amor, cómo estás Tú! ¡Todo de todos y todo de cada uno! Que ese celo y esa ternura que tienes por tu Iglesia universal, tienes igualmente por cada una de las almas unida a su santa madre la Iglesia. Uno es el Cuerpo místico de ésta, como es su cuerpo real y sustancial que está en el cielo y en la santísima Eucaristía. No se puede, pues, participar a tu mesa si no se es antes miembro de tu Iglesia; ni nadie puede venir a tu Iglesia si Tú, en tu misericordia, no lo atraes y lo agregas. ¡Oh misterio, oh dignación, oh sacramento! ¡Oh sí, nosotras diremos a todas las gentes: Vengan y observen las obras del Señor, quae possuit prodigia super terram! Pero para atraer las misericordias de Dios sobre la tierra, para que todos se unan a la santa Iglesia católica, a este árbol de vida, para salvarse, ¿qué vamos a hacer nosotras, Misioneras, tan pobrecillas, miserables, pequeñitas, capaces de nada, y, lo que es más, en un círculo aún tan restringido por el bien de tantas almas? Nosotras comulgaremos frecuentemente, con todo fervor, y obtendremos todo cuanto necesitan

nuestros amados hermanos pecadores. Nosotras somos indignas; pero acercándonos a Jesús, recibéndolo, Él nos dará el beso de la paz, mientras nosotras le daremos el de nuestro amor filial; nos calentará con su amor, nos purificará con su sangre, nos vivificará con su palpito, nos hermoseará y embellecerá con sus gracias. In me manet et ego in eo.” {E. una y otra ola, Pág. 232/233}

Su contemplación del misterio se hace experiencia de amor:

“En la Comunión se alcanza el fin del amor, Dios está en el alma sacramentalmente; ¡qué momento inefable! Dios la toca, estrecha en su seno y, viendo y contemplando su imagen, se complace en ella. Ve La obra de sus manos, la obra de la Cruz, y se complace en ella, se complace mucho. ¡Oh Dios, oh alma! ¡Qué unión! ¡El alma está en Dios, Dios está en el alma! El alma permanece en Dios y Dios en el alma. Qui manducat meam carnem, in me manet et ego in eo. ¡Oh amable Jesús, oh amado de mi Corazón, estate siempre conmigo y en mí; no te vayas nunca de mí! ¡Oh mi Dios y todo mi Bien! Ponte como sello sobre mi corazón y sobre mi brazo, a fin de que yo no ame nunca más a nadie más que a Ti y no trabaje sino para Ti.” {E. una y otra ola, Pág. 233/234}

Continúa la catequesis que se refiere al agradecimiento:

“Pero nuestro agradecimiento, hijas mías, por la Comunión, debe ser mucho más amplio, mucho más prolongado; no debe terminar nunca, porque la acción de gracias es la prolongación de la Comunión. Conversando y entreteniéndome con mi Dios sacramentalmente dentro de mí, más lo conozco, advierto más sus grandezas y perfecciones. Amando su beatífica presencia en mí, se consigue la saludable frecuencia del Sacramento. Al conocerlo, se ama a Dios. En la acción de gracias, el espíritu de Jesús me eleva sobre mí misma, me aparta de las cosas terrenas, me introduce en el oasis feliz de la creciente gracia y de las bienaventuranzas. Me abre el pecho, y mostrándome su hermoso Corazón llameante de caridad, me dice: ¡Mira cómo ardo por ti, mira cuánto te amo!” {E. una y otra ola, Pág. 234}

Retoma la contemplación del misterio:

“Oh sí, Aquél a quien tanto he deseado, ya lo veo; Aquél a quien tanto he esperado, ya lo tengo, y Aquél a quien siempre he anhelado, feliz de mí, ya lo poseo.

Ante tu divina Majestad tiemblan las columnas del firmamento; las potestades y los tronos reverentes te adoran, y todas las virtudes ante tu presencia se prosternan. Tu potencia no tiene límites; tu sabiduría no tiene fin, porque eres el que eres; Tú eres el antiguo de los días, ¡oh mi Dios!; pero Tú siempre eres nuevo para mí. ¡Jesús mío, tengo sed de Ti; tengo sed de Ti, Padre mío; de Ti, Esposo mío; de Ti, mi Amor; de Ti, mi Amado” {E. una y otra ola, Pág. 234/235}

Finalmente la contemplación se hace misionera:

“Pero ¿qué es lo que pasa, que tantos huyen de Ti? Apenas te reciben, te dejan, pensando en otras cosas que nada tienen que ver con tu amor. ¡Oh si conocieran el don infinito que les has hecho! ¡Oh si oyeran una sola palabra tuya! ¡Qué pena, oh Jesús, al no

ver a todos postrados ante tu infinita Majestad! ¡Qué espinas en el corazón cuando con mis propios ojos veo que no todos arden por Ti...; que no todos te aman a Ti solo, sino a los dioses de sus pasiones mundanas!... ¡Jesús mío, yo intento adorarte por todos..., amarte y bendecirte por todos! ¡Jesús mío, me ofrezco como víctima de tu divino Corazón por todos! ¡Ea, salva y santifica a todos! Tú me dices, ¡oh Jesús!, a menudo al corazón: “Ámame y pide, ámame y espera”. Sí, yo te amo, Jesús mío, porque te quiero amar mucho con tu gracia; te amo mucho y pido la conversión de todos los pecadores e infieles...; te amo, ¡oh Jesús!, y quiero que tu ardiente Corazón sea conocido en todo el mundo, amado y glorificado; que tu gloria y majestad se extiendan y sean exaltadas; que tus deseos, tus designios y los de tu Iglesia santa se cumplan ahora y siempre.” {E. una y otra ola, Pág. 235/236}

Delante del Tabernáculo, Madre Cabrini pedía luz, fuerza y esperanza. Y pedía que Jesús alimentara su Fe y la de sus Misioneras.

Una pequeña llama de Fe, era suficiente a Madre Cabrini para relativizar todas las situaciones que tentaran quitarle la paz. En Montmartre (barrio de París) mirando el Sagrado Corazón con los brazos abiertos, había escuchado una voz que le decía: “Yo protejo con mis manos desde uno al otro mar”. En efecto:

“¡Oh hijas, si estuviéramos animadas de espíritu de fe! Yo se lo he pedido a Jesús en la peregrinación a Montmartre; lo he pedido para mí; lo he pedido para Uds.” {E. una y otra ola, Pág. 60}

Por consiguiente la Fe se debe siempre pedir como un don, siempre se debe implorar con humildad y con la oración, para **“elevarse e ese aire de verdadera pureza donde el alma puede recibir las impresiones de la luz del Espíritu Santo y entender las cosas en su verdadero y justo sentido.”** {E. una y otra ola, Pág. 60}

Y la oración debe estar siempre unida a la de Jesús para que pueda ser escuchada por el Padre.

“Habitúense también, hijas, a unir siempre sus oraciones a las de Jesús, a fin de que, a su contacto, las vuestras se vivifiquen y santifiquen; y estén seguras de que entonces Jesús mismo, después de haberlas purificado en Sí, las presentará con las suyas al Eterno Padre. ¡Oh sí, rueguen siempre con Jesús, y vuestra alma quedará entonces más satisfecha y saciada! El alma unida a Jesús todo lo puede: Omnia possum in Eo qui me confortat. Con Dios llevaré a cabo grandes cosas. Tengan fe, recen con fe, y se les dará una medida justa, rasa, colmada. ¡Oh fe, hermosa hija del cielo, desciende sobre nosotras y haz que te honremos, tú que nos has cobijado en tu hermoso manto en el bautismo y nos has enriquecido siempre con los demás sacramentos!” {E. una y otra ola, Pág. 176/177}

Una de las últimas cartas que Madre Cabrini escribió a las Hermanas, es aquélla de agosto de 1917. Una carta apasionada, dirigida a sus Hijas que suponía había hecho los Ejercicios Espirituales, que justamente se hacían durante el verano en la parte Occidental del mundo. La Madre en ese período se sentía muy cansada por los muchos viajes y preocupaciones; advertía la debilidad espiritual de muchas Hermanas y sentía la pena de no poder visitarlas porque la guerra mundial la tenía bloqueada en los Estados Unidos y escribe:

“Adelante con coraje, Hermanas, sepan ganarse la dulce mirada de Jesús, que una vez puesta sobre Uds. no tienen que temer de nada. Sopla el viento con su fuerza, se desencadena la tempestad, nosotras estamos seguras, porque estamos refugiadas en el Arca Santa del Corazón Santísimo de Jesús, en el Corazón de nuestro dulcísimo Esposo. Encerradas en esta Hoguera de amor, todo nos será fácil, todo nos resultará dulce: la exacta observancia – el deber más grato; el poder trabajar y sacrificarse por amor al Divino Corazón – el deseo más ardiente de nuestra alma. Abandonen todo lo que sepa a ustedes mismas y de las cosas de la tierra, y en alto sus corazones, fuertes y generosas no aspiren a otra cosa, sino llegar a ser las verdaderas Víctimas del Corazón adorabilísimo de Jesús, en la inmolación total de Uds. mismas, buscando así aplacar la Divina Justicia, irritada por los grandes males que inundan la tierra. Lleven siempre cual suaves palomas el ramillete de paz en la práctica de la más desinteresada caridad, unida a la más prudente custodia de Uds. mismas.

Las saludo a todas con gran corazón y deseo y ruego que descienda sobre todas la abundancia de las bendiciones más copiosas, que todas puedan ser las consoladoras del Divino Corazón.”

Santa Francisca Javier Cabrini, Epistolario, Vol. 5, Carta No. 2043

e) La caridad del Corazón de Jesús

“Aprendan la caridad, amen la caridad, la caridad se adueñe de sus almas y entonces podrán gloriosamente repetir: “Donavit, me Deus dote bona.” {E. una y otra ola, Pág. 184}

Así repetía a sus Hermanas, Madre Cabrini.

El amor de Dios y del prójimo fueron un solo amor para Francisca Cabrini, amor por Dios y por la humanidad. Un celo devorador la impulsaba a realizar el bien que Dios le pedía y trataba de hacerlo con la misma Caridad del Corazón de Jesús.

“Jesús mío, si lo que hoy me pedís con tan fuerte impulso sois Vos el que lo reclama, si no es una ilusión mía, me pongo en tus manos santísimas. Sabéis cómo nada valgo y que sólo soy capaz de malograr las obras de tu gloria y de quitarles lo más valioso que tienen. Pero si Vos lo queréis, yo lo haré; sí, lo haré a costa de cualquier dificultad, habiéndome demostrado la experiencia que eres Tú el que lo hace por mí y conmigo, para vuestra gloria. Para no caer en ilusiones acudiré a mi Ananías, a fin de asegurarme de tu divino querer.” { P. y P., Pág. 166}

Aquel decir: si Tú lo quieres yo lo haré, caracterizó el carisma de Madre Cabrini, un carisma hecho de cielo y tierra como explica Lucetta Scaraffia en su biografía de la Madre.

“En su vida, como se entrevé de frases escritas aquí y allá a las Hermanas, y en sus apuntes, vemos de algún modo con claridad afirmarse en una concepción diferente de la reparación: ***“Hoy – escribe durante un viaje – es tiempo de que el amor no esté escondido, sino que se torne vivo, operante y verdadero”*** y además:

“Por lo tanto, cuánto debo ser agradecida a ese Corazón del amantísimo Jesús y cómo todo peso me debe parecer ligero, toda pena, suave cuando se trata de procurarle un poco de gloria conforme el Instituto verdadera tierra de promisión”. Y en fin, más claramente: “Con el voto de Caridad satisface también el deseo que siento de sufrir por amor de tu Jesús, porque el voto de caridad nos hace ser, de un modo todo especial, unidas a los

intereses del Corazón amabilísimo de Jesús, el que hará de nosotras todo aquello que querrá para la conversión de los pecadores y por los otros intereses de su Gloria.”

Esta elección de actuar en el interior de la sociedad, para poner el bien en el lugar del mal, constituye por lo tanto, una interpretación activa y optimista de la necesidad de reparar que está en el origen de la devoción al Corazón de Jesús: “...no más sangre y dolor para expiar la sangre y el dolor del Sagrado Corazón, pero (sí) acciones positivas concretas y visibles, para empezar un proceso positivo contra los males del mundo.” [Lucetta Scaraffia, Pág. 82]

Toda relación, toda obra tenía que reflejar la Caridad del Corazón de Jesús. Cuando escribía:

“Sí, oh hijas, un nudo nos ata, la caridad nos une, somos una verdadera familia en el Corazón de Jesús”. {E. una y otra ola, Pág. 150}, entendía que todo debía tener como objetivo la Mayor Gloria del Corazón de Jesús que consistía en gastar la propia vida por los demás.

“Sí, hijas mías, el ¡precepto de amar a Jesús es un privilegio inestimable!; nosotras, sin embargo, no podremos amar a Jesús si antes no somos amadas por Él; mas dándonos una ley semejante, Él nos ha comunicado la gracia para amarlo. ¿Qué no haremos, pues, nosotras por amor de un Dios tan amable y generoso con nosotras, que nos ha llamado a seguirlo tan de cerca y a continuar la misión de Jesús sobre la tierra? Correspondamos, por tanto, a tan gran amor, seamos generosas, y acordémonos de que la salvación del mundo está confiada a nuestra caridad. Nosotras no podemos nada, porque somos pobres y miserables, pero procuremos mantener viva la fe y la confianza en Aquél que nos conforta; dilatemos las vidas de nuestro corazón, ayudemos a tantas almas que yacen bajo el yugo del rey de las tinieblas, rompamos con el fuego ardiente de la caridad las pesadas cadenas que las tienen sujetas a la terrible servidumbre del diablo, y cuando veamos que nuestras fatigas han caído en el vacío, echémonos a los pies de Jesús y, gimiendo por la iniquidad del mundo, supliquemos a su divino Corazón que abra el tesoro de su infinita misericordia, y luego pongamos nuevamente manos a la obra, sin dejarnos vencer por el cansancio. Las dificultades no deben abatir a la Esposa de Cristo, sino que más bien deben hacerla más fuerte y constante.” {E. una y otra ola, Pág. 413}

La actividad tan típica de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, no debía ser un desahogo del amor propio, sino la expresión de la exuberancia del amor que Dios ha puesto en el corazón de cada uno:

“Mejor aun es un consuelo para mí ver el celo, el amor y espíritu de sacrificio con el que lo hacen y me congratulo de corazón con Uds. Así debe ser la Misionera del Sagrado Corazón de Jesús, Quien cansado y agotado por falta de comida, no se sentaba en el pozo de Sicar, sino para convertir a la Samaritana, declarando que su comida era la voluntad de Dios. Continúen, oh hijas, a consagrarse con celo y valentía al bien de las almas.

Cada uno de sus pasos, de sus fatigas, cada gota de sudor, Jesús las tiene en cuenta, y ¡oh! cuánta es la gloria que recibe de la Misionera de su Corazón, verdaderamente celante; ¡cuán preciosa es la corona que Él le tiene reservada en el cielo para su dilecta que tanto lo ha honrado!... Pero esto de la acción no es sólo apostolado que debe ejercitar la Misionera del Sagrado Corazón de Jesús. La actividad apostólica no es la más sublime, ni la más segura; puede darse que alguna vez la motivación sea un natural activismo más que el

puro celo del amor de Dios y en otra oportunidad esté sujeta al tarlo de la vanagloria. Separado de la oración y del sacrificio, todo apostolado es absolutamente ineficaz.” {La Stella del Mattino, Pág. 165}

En vez debía ser un amor en efervescencia:

“Trabajen con ardor, y el ferviente amor las hará actuar con fortaleza y esplendor. En sus acciones, palabras y padecimientos, busquen siempre, la Mayor Gloria de Dios, y la misma perfección a la que incesantemente deben aspirar, estén siempre animadas por el amabilísimo fin de la gloria de Dios.” {E. una y otra ola, Pág. 410}

Toda la formación espiritual que debía sostener a su Instituto, fue para Francisca Cabrini la de animar a la verdadera caridad hacia Dios y el prójimo.

Para Francisca Cabrini ***“Las almas unidas en la caridad son magnánimas y generosas, porque son como llevadas por Dios.”*** {E. una y otra ola, Pág. 183}

Por eso exhorta:

“¡Ea!, hijas, seamos caritativas, amémonos las unas a las otras en la santa dilección del Corazón adorable de Jesús; sacrifíquense de buen grado y continuamente por sus Hermanas; sean con ellas siempre dulces, nunca ásperas ni bruscas o resentidas, sino plácidas, mansas, dulces. Rivalicen en ver quién sabe esparcir mayor cantidad del aceite de suavidad y del bálsamo lenitivo. Sepan, con la piedra preciosa de la caridad de nuestro Corazón de Jesús, aliviar los dolores, curar las llagas, restañar las heridas, consolar en las tribulaciones.” {E. una y otra ola, Pág. 183}

Una caridad, por consiguiente, laboriosa, sin haraganería ni sentimentalismo, como debe serlo la oración, la ascesis, el sacrificio no buscado por sí mismo, sino como consecuencia de un actuar transparente; un combate sereno contra el propio “yo” engañoso.

El amor por Jesús y por cada persona, especialmente por el que sufre en el alma y en el cuerpo, no tenía que quedar en buenas intenciones, sino que debe ser concreto y como dice aun Lucetta Scaraffia: “En el modelo cabriniano, la contemplación es celosamente escondida a los ojos del mundo, y debía servir para realizar buenas obras: se trata de un cambio perfecto del pensamiento tradicional, que veía en la acción el requisito necesario en la realización de la contemplación...”

Gracias a este tipo de meditación, Francisca logra mantener el contacto con Jesús también durante los viajes y peripecias, porque es como si su alma estuviera siempre allí, en la celda reparadora del Sagrado Corazón. Si la mística es tradicionalmente practicada en su dimensión reparadora fuera del mundo, Francisca logra cambiar el movimiento, los trastornos de los viajes y partidas, en meditación: y esto es, sin dudas, su contribución más moderna a la historia de la mística cristiana.” {Lucetta Scaraffia, Pág. 85 y 87}

ORACIÓN

***“¡Oh Amado mío,
que has querido por tu bondad
hacerme Misionera de tu Corazón!***

***instrúyeme,
mientras estoy a los pies de tu Tabernáculo,
y yo aprenderé.
Revélame los prodigios de tu amor,
las maravillas de tu sabiduría en este Sacramento,
y yo las contaré a todas las gentes,
para que todos te conozcan más
y más te amen.”***

{Entre una y otra ola, Pág. 230}

CAPÍTULO TERCERO

“Su Madre guardaba todas
Estas cosas en su corazón.”
Lc 2, 51

Nacido de María Virgen...

Santa Francisca Cabrini y “nuestra Madre de Gracia”

“María Santísima es nuestra Madre de Gracia. Su misión no se extiende a una sola tierra o nación. Ella es Madre de todos y su misión se extiende hasta los últimos confines del mundo: todas las almas le pertenecen, por todos se interesa, para todas vive, por todas trabaja, por todas sufre y otra. Allí donde encontramos a María, encontramos la Misericordia.” {P. y P., Págs. 110/111 (57)}

En el Instituto de las Misioneras del Sagrado Corazón, después de Jesús, la Virgen era la Madre de Gracia y de Misericordia. La Madre Cabrini la consideraba la Fundadora del Instituto, como ella misma dijo al Cardenal Parocchi, Vicario de Roma cuando en 1887 se presentó para pedirle permiso de fundar una Casa en Roma. No era un impulso del espíritu. Madre Cabrini lo creía verdaderamente.

Explicitamente lo dice ella misma en una carta escrita durante uno de sus viajes:

“¡Oh sí!, cosas grandes ha hecho el Señor por nuestra Madre, porque ella ha sido siempre fiel a las gracias que la circundaban. ¡Qué felicidad tan grande la nuestra de tenerla por Madre y Fundadora de nuestro Instituto!... Sí, ella ha sido la que lo ha fundado, porque, mientras yo andaba titubeando si el Señor quería o no esta obra, muchos oraban a la Santísima Virgen de las Gracias, y yo también rezaba, y, tras muchas plegarias, el obispo Gelmini me lo mandó. El obispo Bersani, con la suavidad propia de su carácter, me indujo a poner por obra tal obediencia, y Mons. Serrati me echó una mano con gran fervor y entusiasmo, por lo que me encontré implicada, sin posibilidad de echarme para atrás; por todo lo cual, de María Santísima de las Gracias salió el Instituto de las Misioneras del Sagrado Corazón. Ella es, pues, nuestra Madre, ¿a qué temeremos?” {E. una y otra ola, Pág. 425}

En la vida misma de Madre Cabrini, la Virgen está presente como Maestra desde el inicio de su experiencia de Fundadora, como leemos en sus libretitas privadas:

“Aquel mismo día vio a María Santísima en hábito resplandeciente, manto celestial, bellísima corona en la cabeza y las manos tendidas, que le dijo: “Yo soy tu Madre de las Gracias y deseo que me llames siempre tu maestra. Ven a mí con gran confianza en tus necesidades y en las de tus súbditas. Yo te enseñaré el modo de conocer y servir bien al Corazón Santísimo de Jesús.” {P. y P., Pág. 60 (19)}

Y en particular, María Santísima es una inspiradora especial en los momentos de perplejidad y dudas. Algunas inspiraciones se referían a las Fundaciones del Instituto. En (sus escritos) Pensamientos y Propósitos se lee:

“Titubeando, no obstante, en su interior al verse incapaz de todo y privada del verdadero espíritu que se requiere para el apostolado, se le presentó de nuevo la Virgen Santísima con el Niño Jesús en brazos que tenía en una mano el globo terráqueo, con el

cual jugaba como si fuera una pelota, y dijo a su hija: “¿De qué temes, viendo que todo está en mis manos y que puedo hacer lo que quiero del orbe entero? Si yo te ayudo – continuó - ¿a quién temerás?” Aquella alma quedó muy consolada y animada para la gran empresa.

Le mostró también el Señor por dos veces la corona que le tenía preparada si llevaba a cabo la obra tan cara a su Corazón piadoso y misericordioso.

Estando una sierva de Dios meditando la vida de María Santísima, le vinieron sublimes y profundas iluminaciones a la mente sobre cómo y en qué obras debían imitar a su Madre, tanto ella como sus súbditas, y se sintió animada no sólo a emprender grandes obras, sino, en particular, una hacia la cual había sentido hasta entonces mucha repugnancia, pareciéndole de mera caridad material.

Una luz viva le hizo comprender el bien espiritual que podía obtener de aquella obra de misericordia. Le inspiró, además, las normas que debía dar a sus súbditas para aquel ejercicio de caridad, a fin de que no sufrieran daño en el espíritu.” {P. y P., Págs. 52/53 (3-4-5)}

Otro momento importante de la vida de Madre Cabrini fue cuando se encontró en la necesidad de aceptar una obra hospitalaria. La Madre no estaba inclinada hacia este tipo de misión y cuando la Providencia la puso de frente al hecho de tener que tomar una decisión, interviene también la Virgen. He aquí cuanto escribe Madre Saverio De María: “Le parece ver en un pasillo del hospital a una hermosa señora, que con la falda recogida y con las mangas arremangadas, rehacía las camas de los enfermos. Reconociendo en ella a la Santa Virgen, corrió para ayudarla, pero la Virgen, alejándola con un gesto, le dijo “Hago yo aquello que tú no quieres hacer.” La lección era clara: la Madre no se la hizo repetir dos veces, y diez Hermanas fueron mandadas al hospital.

{Madre Saverio De María, “Vida y obra de Santa Francisca Saverio Cabrini”, Pág. 168}

Amada e invocada en las más diversas necesidades y en la vida espiritual de cada hermana. Entre tantas memorias, citamos algunas.

“María, nuestra buena y tierna Madre, nos ama mucho y no deja de darnos señales de su gran bondad hacia nosotras. Hoy nos hizo un bellissimo regalo. Ya desde hacía algunos días, una niña de la escuela comentaba sobre otra niña que había llegado de Italia junto con ella, muy grandemente maltratada por su pésima mamá, porque (la niña) no quería aprender su arte de cantante de teatro. ¡Pobrecita! Una vez la niña vino a la escuela para vivir tranquila por unas horas, como ella decía, lejos de las manos de su mamá. ¡Pobre niña, cuánta compasión nos daba verla marcada por los golpes que recibía! ¡Cuánto deseaba quedarse con nuestras huérfanas, pero su mamá... Mientras tanto se empezó por la pobre Medora Monetti (que tal era el nombre de la niña) una fervorosa novena a la Sma. Virgen de Pompeya. Hoy se festeja (con pompa) a la Virgen de Pompeya y propiamente hoy nuestra Madre María, Madre de los infelices, abre la puerta a la pobre Medora que acompañada por un policía, viene para estar junto a las huérfanas. Imposible describir la felicidad que manifestaba la pobrecita al estar con nosotras. Sólo un pensamiento la turbaba: que su madre pudiera llegar para reprenderla; y cada vez que sonaba la campanilla de la puerta, sobresaltada y asustada preguntaba: “¿es mi mamá?” y gozaba inmensamente ante la respuesta negativa. Pero al anochecer, justo cuando la Rev. Madre Superiora le aseguraba que ésta era su casa y que su mamá no podía reprenderla porque a ella la había traído la policía, justo viene la portera anunciando que estaba en la portería la mamá de Medora y quería verla. La Rev. Madre Superiora, con toda tranquilidad, fue (a la portería) y a pesar de los gritos de la mujer por ver a su hija, la Rev. Madre Superiora, firma y tranquila, respondía a sus injustas preguntas; viendo la imposibilidad de que se la dieran, pidió verla, por lo menos, por última vez, y le fue concedido. Medora al escuchar que su mamá la quería ver, tuvo un gran miedo y no hubiese ido a la sala, si la Rev. Madre Superiora no le hubiera asegurado que estaría ahora y por siempre con nosotras. Delante de su madre estaba como un condenado delante del juez; su madre la molestó con mil preguntas a las que Medora respondía con humilde docilidad; al final la madre se fue. Medora corrió delante del altar de María para agradecerle la gracia que le había hecho. Después todas las hermanas fueron también a los pies de María para agradecerle y la Rev. Madre Superiora, como señal de reconocimiento a la Sma. Virgen, cambió el nombre de Medora Monetti por el de María Fideli. ¡Pobre niña, estaba en el cielo por tanto gozo! Enseguida se pensó en medicarle el rostro, de los golpes, porque de hecho, estaba desfigurada;

mañana la haremos confesar y comulgar, porque como ella decía, era desde cuando estaba en Italia que no recibía los santos Sacramentos. Da todas las mejores esperanzas; simple como una paloma, obediente, respetuosa con todos, demuestra también una buena inteligencia y deseo de aprender. María Sma. que empezó la obra, continúe con su protección y gracia a mantenerla con esas bellas disposiciones que ahora tiene. A ella le rendimos gracias, por habernos dado tan hermoso regalo.”

{Memorias de Nueva Orleans, mayo de 1898}

En casi todas las obras fundadas por Madre Cabrini, la Capilla tenía tres altares principales, el central con la imagen del Sagrado Corazón y en los dos laterales, las imágenes de la Virgen y de San José. Las Congregaciones Marianas estaban presentes en cada una de las Misioneras. Entre tantas anécdotas que se cuentan de la vida de Madre Cabrini, las Hermanas recuerdan que, durante la fundación de una de las Casas, un día la Madre recomendó, en modo especial, a las Hermanas, de hacer una limpieza muy esmerada porque tendrían la visita de una importante señora. Las hermanas pensaron en alguna benefactora o algún personaje político que luego habría de ayudar a la obra, y repasaron todo con gran atención. A una cierta hora, llamó a todas las Hermanas para recibir a la anunciada señora: entró por la puerta principal una bellísima imagen de la Virgen que después fue la Patrona de la Casa.

La devoción (a la Virgen) era ferviente en todas las Hermanas y fue siempre una costumbre recurrir para ayudas a la Virgen, recitar oraciones especiales y Novenas para obtener su protección a lo largo del propio trabajo apostólico. Las Hermanas se encontraban con frecuencia en situaciones difíciles, especialmente en conversiones, recurrían a María Sma. La misma Madre Cabrini exhortaba a las Hermanas a tener confianza y a divulgar la devoción de María Sma.

“Abandonémonos, por lo tanto, les repito, confiemos en nuestra Augusta Reina y Madre y a su sombra fecundadora viviremos siempre seguras. ¿Pero cómo haremos para que María Inmaculada nos sea propicia? Uds. harán oraciones especiales por su jubileo, tendrán gran celo por su culto con todos los que se acercan, especialmente en el desempeño de su misión en medio de las personas, y nuestra querida Madre Inmaculada agradecerá mucho nuestro amor filial y lo recambiará con inmensos tesoros del erario de Jesucristo, del que ella es depositaria y distribuidora.” {S. Francesca Cabrini, La Stella del Mattino, Pág. 92}

Por eso en toda Misionera estaba muy impresa esta devoción, y después del Sagrado Corazón, la Virgen honrada con el nombre de las Gracias, era la Reina de cada Casa. Otro ejemplo entre tantísimos nos viene de la Casa de Nueva Orleans:

“Era un día de verano, en el que el sol había arrojado los más ardientes de sus encendidos rayos sobre la ciudad de Nueva Orleans; dos de nuestras hermanas, después de haber andado todo el día tras el rastro de ovejas perdidas, encaminaban sus pasos hacia la comunidad, alegres de haberse cansado por amor a su esposo y por la salud de las almas por Él rescatadas, deseosas de regresar a su caro nido, donde habrían podido fortalecer su espíritu y prepararse para el día siguiente.

Pasando delante del Hospital de Caridad, se acordaron de que allí estaba gravemente enfermo un pobre pecador. Tenía cuarenta y más años pasados por el vicio y en el delito; esa vida estaba por apagarse; o mejor, mirada a la luz de la fe, era una pobre alma, rebelde hasta el final a su Dios, que después de haber despreciado su inmensa bondad, estaba por caer en las manos de la justicia. Aquel día, las hermanas estaban muy cansadas, pero también Jesús estaba cansado, cuando sentado al borde del pozo de Jacob esperaba a la Samaritana; cansado y jadeante el buen Pastor, cuánto corría tras las huellas de la oveja perdida... Entonces, si bien sabían que puestos los pies en ese asilo de dolor no habrían podido fácilmente sustraerse de todos aquéllos que les hubieren pedido el apoyo de una buena palabra, entraron. ¡Qué bueno es Jesús y cómo paga ampliamente el más pequeño sacrificio hecho por su amor! Él las esperaba allí justo en ese día, para prepararles uno de esos santos y purísimos gozos que Él tiene reservado y con frecuencia regala a sus Misioneras.

El enfermo yacía, como siempre, en su lecho de dolor, imprecando ¡a Dios y a sí mismo! Su vida había sido una cadena de delitos, ¡quién sabe cuántas veces la Gracia lo había

incitado a la conversión! Si hubiera querido deshojar las páginas de su vida juvenil, tal vez hubiera encontrado el recuerdo de una voz nocturna que habría buscado alejarlo del mal y conducirlo hacia el bien; tal vez la suave inspiración de la Madre Celeste que lo había invitado tantas veces a la penitencia. Pero justo castigo de quien sofocando la voz de la conciencia, quiere perseverar en el pecado. Era supuesta la ceguera del intelecto, la dureza de corazón. En vano las Hermanas se habían empeñado en persuadirlo que se confesara, que previera por su salud eterna.

El infeliz respondía con blasfemias y negando el infierno que le esperaba y del que ya sufría en la tierra una parte anticipada. En la cama vecina yacía un joven de cerca de veinte años, pálido, macilento, tenía la señal, a no dudar, de quien se consumiría en breve y en breve lo llevaría a la tumba. Movido por la mirada, que como muda llamada, se posaba sobre él, una de las hermanas se dirigía a él, mientras la otra cumplía con su misión de caridad.

- ¿Cómo te sientes, buen joven?
- Muy mal, hermana. Los dolores que sufro son indescriptibles.
- Cómo me duele no poder aliviarte, pero ¿tienes algún pariente o amigo que venga a verte?
- No, no tengo a nadie.
- ¿Nadie?
- Mi madre y mi padre murieron hace muchos años, además yo soy forastero en esta ciudad. Hace tres meses partí de Nueva York para ir a Texas, pero a mitad camino me enfermé y ahora estoy en este hospital, del que no saldré sino para emprender otro viaje más largo...
- ¡Mi pobre hijo! Dijo la Hermana, mientras escrutando con la mirada, ese pobre de aspecto enflaquecido, se persuadía siempre más de que poco le quedaba de vida y que este joven debía ser protestante. Protestante y al extremo...

Oh, Virgen Santísima, piensa tú en esta alma. Animada de un sentimiento de viva confianza, retomó:

- Mi pobre hijo, te compadezco bien de corazón. Si al menos tu madre estuviera aquí, cerca de ti, al lado de tu cama, con cuánto amor te confortaría, cómo trataría de aliviar tus dolores.

Al oír el dulce nombre de Madre, una triste sonrisa afloró de los labios del pobre enfermo, una sonrisa llena de tristeza y de ternura juntamente. Cerró por un instante los ojos como para gustar toda la dulzura de la visión que aquella palabra había evocado.

- Pero, dime, continuó la Hermana, ¿eres católico?
- Mis padres eran Bautistas y yo no pertenezco a ninguna religión.
- ¿Nunca te bautizaron?
- Nunca. Respondió.
- Cuánto me duele, porque estás privado de tantos consuelos que tenemos nosotros los católicos, cuando estamos afligidos. Uds. no saben quién es la Virgen. Ella es la Madre de Dios, nuestra Madre y, oh cuánto nos ama.

El amor que sus mamás tenían por Uds. es nada en comparación con el que nos tiene esta celeste Madre. Uds. no la conocen y ella los ama; Uds. no la ven y ella está en sus cabezas; Uds. no la invocan y ella los protege; ¡oh, si conocieran qué buena es María! Escucha ¿me harías un favor? Cuando estás afligido, cuando la tristeza te oprime, cuando sentís el peso de la soledad, cuando los dolores parecen insoportables, dí estas palabras: ¡María, ayúdame! Y te lo aseguro, sentirás la ayuda de esta nuestra Madre Celeste. Además, toma esta medalla, tiene la imagen de María Santísima, debes tenerla siempre encima, así, siempre contigo. ¿Me prometes que repetirás con frecuencia estas dos palabras que te enseñé?

- Sí, Hermana, lo prometo.
- ¿Me das tu palabra de hombre de honor, que no falta a la palabra dada?
- Le doy mi palabra de honor.

Se había hecho tarde, y las Hermanas asegurándose que la medalla puesta con un alfiler estaba bastante escondida como para que la enfermera, protestante, no la saque, partieron repitiendo: Madre querida piensa tú.

Transcurrieron pocos días. En el corredor del Hospital reina un profundo silencio; al agitado movimiento de las primeras horas nocturnas, sucede la calma que restaura, que conduce al enfermo a las primeras horas matutinas. Todos los enfermos parece que descansan tranquilos; sólo en un rincón, vela o más vale adormece el enfermero, cuando una voz confusa le llega al

oído, escucha, no siente nada más... pero de nuevo la misma voz débil, lastimera... Aguza el oído y esta vez la reconoce.

- Es el número cuarenta y dos; dice que sí el enfermero, ¡aquel pobre consumido! Ahora ya es el fin para él; mañana a esta hora ¡quién sabe si no se habrá ido! Pero ¿qué está diciendo? Y la voz continúa insistente “María, ayúdame, María, María, ayúdame...”
- Ah, piensa el enfermero, llama a algún conocido que dejó en Nueva York. Mientras tanto se había acercado a la cama y le preguntaba:
- ¿A quién llamas, buen hombre?
- María, la Madre de Dios.
- ¿Y qué saben Uds. de la Madre de Dios, Uds. que son protestantes?
- Yo sé lo que me dijo la Hermana, de llamarla para que me ayude cuando sufro, la he llamado con frecuencia en estos días y siempre me he sentido consolado.

Al buen irlandés (enfermero) le asomaron lágrimas en los ojos y una fuerte conmoción invadió su corazón mientras sus manos juntas en actitud de afectuoso reconocimiento repetía: ¡Oh blessed Mother! ¡Oh Bendita Madre!

Dándose cuenta por el pulso de que poco a poco se terminaba la vida, continuó:

- ¿Qué dirías si llamara al sacerdote católico para visitarte?
- Lo recibiré con gusto...

El sacerdote llegó de inmediato; no fue necesario demasiado para disponer a aquella alma. ¡Estaba confiada en María, María sabe muy bien custodiar sus cosas! Inmediatamente le fue administrado el Santo Bautismo y luego la Eucaristía. No había pasado media hora de haber sido revestida con la estola de la inocencia, que aquella alma, repitiendo por última vez: ¡María, ayúdame! se separaba del cuerpo para volar directamente al cielo, al trono de aquella misericordiosísima Señora que se le había mostrado Madre, y que por él invocada, había verdaderamente acudido en su ayuda.

¡Extraño de verdad! Decía el Sacerdote a la Hermana de caridad que había asistido al último momento del moribundo: “Un protestante que nunca supo nada de religión, ¡que tenga una muerte así bella con tan santas disposiciones!”

Pero al revestirlo para ponerlo en el féretro, encontraron la medalla que las Hermanas le habían dado. Era la medalla Milagrosa. La Hija de San Vicente (religiosa) la reconoció y el misterio fue revelado; cuando las Misioneras del Sagrado Corazón regresaron al Hospital en su turno, por los pasillos se les acercó la religiosa de San Vicente y puso reverente en la mano (de nuestra Hermana) la medalla, mientras con una dulce sonrisa y conmovida voz decía: ¡Oh cuán buena es María!”

{Memorias de Nueva Orleans, mayo 1898}

En el apostolado que las Hermanas ejercían en el Hospital, la Virgen María era la principal colaboradora,, las Hermanas se acercaban a la cama del enfermo con mucha discreción, pero cuando veían una gran dificultad para hablar de Dios, en momentos críticos de la vida del enfermo, se confiaban a María con su proverbial picardía, pero con una gran fe en el poder de intercesión de la Madre de Dios y ponían debajo del colchón una medallita de la Virgen y después, rezando, esperaban la hora de Dios.

La espiritualidad mariana que Madre Cabrini proponía a las Hermanas se basaba en una devoción sólida que contemplaba la imitación de las virtudes de María Santísima, sobre todo su Fe, su Caridad, su oración. Según la enseñanza de Jesús: “Mi Madre y mis hermanos son aquéllos que escuchan la Palabra de Dios y la practican.” (Lc. 8, 21) Madre Cabrini no amaba la religiosidad devocional que enajena de la responsabilidad constante del propio deber, más bien, muestra a María Sma. citando a San Ambrosio como una ¡cuidadosa ama de casa!

“Su gesto no era débil, el paso no apresurado, su voz nada tenía de afectada ni de petulante; la compostura de su persona bien mostraba la belleza y la armonía de su interior. Era un espectáculo maravilloso ver con qué humildad, prontitud y diligencia desempeñaba los quehaceres domésticos, que a todos acudía con gran solicitud, pero siempre con suma tranquilidad y suave paz.” {S. Francisca J. Cabrini, La Stella del Mattino, Pág. 93}

Madre Cabrini, en efecto, retenía a María Sma. como la Maestra de sus Hermanas. Insiste en no tener miedo en los peligros y en las dificultades:

“Los días corren todavía oscuros y borrascosos, los cañones retumban, las fuerzas concurren en todas las naciones y con nuevo entusiasmo, los aviadores no se aquietan un instante y constatan perenne energía y nuevos peligros. Parece, algunas veces, que el mañana quiere ser menos sanguinario pero todavía no es menos gris ni feroz, grávido de peso para equilibrar, erizado de contrastes sordos e interminables, complicado por muchas interferencias. Es como si el color y la presión de la lava que sucede al resplandor y al fragor de la erupción: ¿Qué será de nosotros al fin?

No Isgomentiamoci (sin traducción) oh hijas dilectas, la altísima Providencia de Dios nos ha dado a María Sma. por Madre, la que nos debe y quiere salvar. Ella siempre es el Arca de la salvación, que surca el mar inmenso de todas las dificultades. Recemos a María confiando en Ella y, para estar seguras de su válida protección, busquemos consolar su materno corazón con imitar sus preclaras virtudes. {S. Francisca J. Cabrini, La Stella del Mattino, Pág. 202}

Una oración que hizo Madre Cabrini en 1901 durante el retiro, en el día de su cumpleaños, nos puede dar una idea de cómo vivía su devoción:

“Oh María, mi dulce Madre!, yo espero grandes cosas de vuestro materno, amorosísimo corazón; a Vos me consagro y en Vos plenamente confío, en Vos que me previniste con tus gracias, me excitaste a ser toda de Jesús desde los primeros albores de mi vida. ¡Oh agradecida te estoy... Yo quiero caminar siempre cubierta por tu manto, siempre bajo tus ojos, bajo tu valiosísima protección.

El Instituto también lo confío a Vos, es tuyo, pues Vos lo fundaste sirviéndote del mísero instrumento de esta pobre sierva tuya. Vos, pues, que sos la Fundadora, sé también la madre. ¡Custodia esta herencia tuya!

Nosotras somos tus hijas. ¡Oh Madre tierna!, aconséjanos Vos, guíanos Vos por el camino recto, para que cumplamos siempre la bella y celestial misión que hemos recibido en la tierra, es decir, amar con todo el corazón, con todas las fuerzas, a nuestro amantísimo Esposo Divino.

Guíanos Vos, ¡Oh Madre dilecta!, y haz que todo lo que nosotras hagamos vaya siempre dirigido al amor de Jesús, que el fin último sea siempre el amor de Jesús y la gloria de su Divino Corazón.

¡Ah, haz, oh Madre mía!, que, a semejanza tuya, amemos tanto a Jesús que nuestros corazones formen como un coro armonioso que con prontitud compone y ejecuta las más bellas melodías celestiales, mediante la fidelidad de la observancia y el cumplimiento de todos los sacrificios que Dios se digne exigirnos.” {P. y P. 198/199/200 (6 al 9)}

ORACIÓN

***“Nosotras somos tus hijas, oh tierna Madre,
aconséjanos Tú, guíanos Tú por el recto camino
para que cumplamos siempre la bella y celeste misión
que hemos recibido en la tierra,
de amar, es decir, con todo el corazón,
con todas las fuerzas a nuestro amantísimo Esposo Divino.***

***Guíanos Tú, oh Madre dilecta,
y haz que cada cosa que nosotras hagamos
sea siempre dirigida al amor de Jesús,
que el último y único fin sea siempre el amor de Jesús
y la gloria de su Divino Corazón.”***

Santa Francisca Cabrini

CAPÍTULO CUARTO

“La esperanza no nos deja confundidos,
porque el amor de Dios ha sido derramado
en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo
que nos ha sido dado.”

Rom. 5, 5

CREO en el Espíritu Santo, que es Señor y da la vida

Santa Francisca Cabrini y “la luz del Espíritu Santo”

En la primera biografía de Santa Francisca Cabrini, la autora, Madre Saverio De María, hace referencia a un acontecimiento de la infancia de la Santa, que siempre se ha tenido como un acontecimiento importante en su vida. Así escribe Madre Saverio:

“Habiendo cumplido (M. Cabrini) su octavo año de vida, le fue administrado por Monseñor Benaglio el sacramento de la Confirmación, el 1º de agosto de 1858. Ésta es una etapa importante en el camino de la vida de la Madre Cabrini. Hablando con sus hijas, ella solía afirmar que había sentido mayor impresión el día de la Confirmación, que el día de su primera Comunión.

“En el momento de la unción del Santo Crisma, he sentido algo que nunca podré explicar: me parecía no estar más sobre la tierra; tenía el corazón pleno de un gozo purísimo. No sé decir aquello que sentí, pero sé que era el Espíritu Santo.” Y acompañaba las palabras, un gesto suyo muy especial con el que a sus hijas parecía expresar cómo el Espíritu Santo la habría circundado con su luz, casi como cubierta con un manto.” {Vida y obra de Santa Francisca Cabrini de Madre Saverio De María, Pág. 5/6}

Sin duda, que para Francisca Cabrini, este acontecimiento tuvo una resonancia constante en su vida y en su misión. Escribía a Monseñor Rota, Obispo de Lodi:

“En Roma me han dado plena libertad por lo que ahora necesito más que nunca que me invoquen la luz del Espíritu Santo para que pueda tomar decisiones según Dios.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Vol. 2, Carta 659}

La ternura con que habla del Espíritu Santo hace pensar que tenía una relación de confianza y de fe extraordinaria. En sus Propósitos dice:

“... Pero cuando deba hablar con personas superiores o por asuntos importantes de la gloria de Dios y del Instituto, no pensaré antes en lo que debo decir, para no hablar más que bajo el impulso del Espíritu de Dios, que me debe acompañar siempre en tales circunstancias.” {P. y P., Págs. 103/104 (18)}

Y así también en su oración, porque según ella:

“Nadie puede decir dignamente “Jesús” si no es por la fuerza del Espíritu Santo, y mucho menos podré ponderar dignamente y entender con provecho lo que se encierra en el nombre Santísimo de mi amado Jesús, si no estoy prevenida y ayudada por el Espíritu Sant. A Él, pues invocaré siempre.” {P. y P., Págs. 151/152 (18)}

Una de sus tantas plegarias que cada mañana dirigía al Espíritu Santo era ésta:

“Espíritu Santo, ven del Cielo y del Tabernáculo, cielo mío, con tus rayos; ven, enciéndeme, ilumina mi mente y mi corazón. Sal a mi encuentro, oh santo Amor de mi Jesús, desde el amanecer, que yo quiero servirte como Tú quieres, Jesús... Jesús... Jesús... oh mi amado Jesús... quiero deshacerme de amor por Ti..., envuelta, consumida por tu santo amor, oh Jesús.” {P. y P., Pág. 152 (19)}

Podemos suponer que su oración la iniciaba siempre con una invocación al Espíritu Santo como se ve en sus Propósitos:

“En el cuerpo de la meditación me abandonaré plenamente al Espíritu Santo, dejándome guiar adonde Él quiera, por el espacio que quiera, pero concluyendo siempre con resoluciones útiles, enérgicas y con serio examen. El que hace la meditación según el método de San Ignacio no puede tener distracciones deliberadas. El que está con todas sus potencias delante de la Majestad divina es imposible que pueda pensar en otra cosa. Sumérjanse en vuestro Dios en santa contemplación y abandónense plenamente en Él. El Espíritu de Dios baja a nosotros con gran suavidad, nunca con estrépito.” {P. y P., Pág. 145}

La atención a las inspiraciones de Dios, venía también del sentimiento de su pequeñez frente a Dios.

“Asistidme siempre, Jesús, con tus santísimas inspiraciones y mueve mi corazón a ser cada vez más dócil a ellas con gran impulso y amor.” {P. y P., Pág. 99}

Lo invocaba no sólo para sí misma, sino además siempre por sus Hermanas.

“Invocaré a menudo al Espíritu Santo para que infunda sus dones en mí y en todas las almas queridas que me pertenecen, suplicando a Jesús y María que muevan nuestra voluntad a practicar las más hermosas virtudes de nuestro excelentísimo estado.” {P. y P., Pág. 106 (31)}

Todo lo que ella experimentaba en la fe, lo recomendaba a las Hermanas. Cada año recomendaba la novena al Espíritu Santo, que para ella actuaba sobre todo en la santificación de las Hermanas.

a) El Espíritu Santo, primer agente de formación para las Misioneras.

“El Espíritu Santo, descendido primero sobre los Apóstoles, baja siempre sobre su Iglesia y sobre nuestras almas, porque es el buen Jesús, nuestro amantísimo Jesús, el que nos ha merecido el precioso don del Espíritu Santo, y así nosotras, por los méritos de Jesús y del Espíritu Santo, nos hemos hecho ricas de gracia y de todo don celeste. ¡Oh don infinito, trascendente y superior a cualquier mérito creado! “Cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo – decía Jesús a sus discípulos – entonces entenderéis las verdades que os he predicado.” Bien podía Jesús comunicar Él mismo a sus Apóstoles la inteligencia de la verdad anunciada; pero no quiso, para glorificar precisamente al Espíritu Santo, una gloria semejante; quiso que estuviera reservada al divino Paráclito, amor sustancial del Padre y del Hijo, luz increada, fuente perenne de gracia y de virtud, origen de todos los bienes. Los misterios inefables que se operan en nuestras almas por el Espíritu Santo, nos están completamente escondidos, porque son operaciones divinas, impenetrables a las miradas humanas y a menudo a las angélicas. Es un laborar continuo, amable, glorioso; ¡oh, el alma en gracia es el auténtico escenario de las grandezas y riquezas del Espíritu Santo! El Espíritu Santo es un sol cuya luz se refleja en las almas justas, es un océano sin fondo y sin orillas cuyas aguas son hermosas, resplandecientes, cristalinas, vitales, que se difunden

continuamente, abundantemente en las almas que por su parte no ponen obstáculos, no se oponen al Espíritu Paráclito. ¡Oh! Las almas justas que viven en estas aguas saludables están siempre alegres, joviales, seguras, pacíficas, llenas de confianza y de gran fe en Dios; no temen a nada; todo lo emprenden con gran valor y sus empresas son siempre fecundas; ¡oh!, ellas son verdaderos cielos animados por Dios, que narran con el ejercicio de sus virtudes y obras, las maravillas del Señor; son ellas el esplendor de la Iglesia, el honor de la humanidad, el olor de Jesucristo y constituyen las delicias de su divinísimo Corazón.

Amen, hijas, al Espíritu Santo e invoquen con frecuencia para ustedes y para mí esta luz beatísima, luz eterna, luz increada, luz verdadera, vital, inmortal. Suplíquenle que venga a menudo a nuestras mentes, ilustrándolas, iluminándolas, santificándolas.” {E. una y otra ola, Págs. 236/237/238, día 3}}

Madre Cabrini bebía en la fuente del agua viva del Espíritu Santo, recordando las palabras de Jesús: “Pero el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará lo que yo les he dicho.” (Jn 14, 26) y atribuía al poder del Espíritu Santo, la fuerza para vencer el propio pecado. Su método formativo con las Hermanas estaba basado sobre dos bisagras: la humildad, o bien, la capacidad de reconocer la propia indigencia, y la fe en que Dios podía hacer de cada una, una obra maestra de madurez cristiana:

“Traten de prepararse con gran corazón a la venida del Espíritu Santo, con gran deseo de adquirir todas las virtudes religiosas y ante todo, su fundamento: la humildad, el desear este tesoro que prepara en el corazón un lugar capaz de recibirlo, porque el ardor lo abre y dilata y después impulsa la voluntad y la anima a la búsqueda de un bien tan grande.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 3, Carta 971}

Por lo tanto es el Espíritu Santo quien conduce a la santidad:

“Cuando llegará ésta (carta) ya habrán recibido al Espíritu Santo y deseo que sea con la abundancia de sus copiosos dones y frutos. ¡Oh! ámenlo mucho, hijas mías, al Espíritu Santo que es el santificador de nuestras almas, que es el alma de nuestro Esposo y nuestro vivificador, teniendo este Santo Espíritu, el fuego del Santo Amor que ha venido a traerlo sobre la tierra, primero sobre los Apóstoles y después sobre todas las almas santas que fueron muy fieles a Dios. Suplíquenlo siempre para mí, seguras de que la ventaja será también para Uds.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 2, Carta 494}

Los dones del Espíritu Santo son el ámbito para el crecimiento de la Fe, para el desarrollo de la misma personalidad de las hermanas:

“Mañana vendrá el Espíritu Santo y espero que nos aportará aquel espíritu que nos debe animar a todas nosotras, que es aquel mismo que animó a los Apóstoles en el primer Pentecostés, pero invoquémoslo durante toda la octava, que si un día nos dará un don y un fruto, otro día nos dará otro y, si tenemos fe, un hermoso día seremos de verdad llenas de ellos y entonces nuestra alma correrá por la vía de la perfección y nada podrá detenernos en el camino.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 3, Carta 972}

Cuando Madre Cabrini se encontraba en dificultad, especialmente con personas que le ponían muchos impedimentos a su audacia apostólica, confiaba todo al Espíritu Santo que “puede cambiar los corazones”. Sobre todo tenía una gran Fe cuando pensaba que el Espíritu Santo podía mover los corazones de sus Misioneras para que sean santas.

En la tradición del Instituto, el día de la fiesta de Pentecostés, después de una apropiada oración, las Hermanas reunidas en la Capilla, recibían un Don del Espíritu Santo y un fruto del Don. Esta costumbre permitía a las Hermanas meditar sobre el Don recibido y vivirlo cuanto a cada una le fuere posible. Madre Cabrini daba importancia a estas pequeñas estrategias devocionales que hacían familiar a las Hermanas, la presencia del Divino Espíritu en sus vidas. Las cartas que continuamente enviaba a una u otra Hermana o comunidad, todas tenían por

finalidad, no sólo gestiones de las obras, sino sobre todo para la formación de las Hermanas. El Espíritu Santo era para Madre Cabrini el verdadero y gran formador:

“A veces pocas religiosas llegan al entero cumplimiento de los designios de Dios sobre ellas, porque pocas tienen suficiente generosidad para corresponder a la voz de la gracia. El Espíritu Santo las espera, quiere que se rindan dóciles a su voz, las invita, las solicita, las impulsa; no abusen por lo tanto, las Religiosas del tiempo y los favores que les ofrece, no quieran más, pasar años enteros y con frecuencia la vida disputando su corazón a la gracia, y se resuelva de una buena vez a hacer el entero sacrificio, no se reserven afecciones, propósitos, ni designios, ni deseos, ni esperanzas de las que no quieren despojarse para ponerse en perfecta dependencia de la gracia y del Espíritu Santo que las quiere llevar a la perfección de su noble y sublime estado. A veces parecen pequeñas cosas, pero son tantos vínculos con los que el enemigo nos tiene atadas para no dejarnos progresar. ¡Cuán felices y santas seremos si con una fidelidad pronta y generosa, renunciáramos de una vez para siempre a todos aquellos inútiles placeres, a todas aquellas vanas satisfacciones, a todo atractivo natural, a toda ocupación frívola, a los vanos entretenimientos!

¡Oh! No es de maravillarse, si a pesar de todas las inmensas gracias que algunas Religiosas reciben, ellas todavía conducen una vida toda natural, tienen sus caprichos, aman ser alabadas, son sensibles a los reproches de los otros, son resentidas, vivaces, están según el humor, son melancólicas, aman las comodidades, etc., etc. Esto es el estado de tibieza, de languidez. Es necesario por tanto, rendirse dócil a las inspiraciones del Espíritu Santo, tomar una sincera y constante resolución de querer ser fiel a cualquier costo.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 5, Carta 1774}

Al inicio estábamos en 1885, el Instituto de las Misioneras había sido fundado a fines de 1880 y la Madre apenas había empezado a salir del entorno de Codogno. Había fundado la primera casa de Milán, y en aquel momento, allí estaban sus hijas más lejanas. El 13 de mayo les escribe esta carta:

“Les recomiendo encarecidamente la Novena del Espíritu Santo, háganla con especial devoción y con prácticas oportunas como ésa de observar el silencio, de tener mayor recogimiento, de prontísima obediencia, de paciencia inalterable, de caridad generosa, háganla recitando el Veni Creator y alguna oración tres veces en el día, implorando sobre Uds. toda la efusión del Espíritu del Corazón de Jesús, para ser después de su venida, cambiadas en verdaderas y perfectas Religiosas. Los tres momentos divídanlos así: uno por Uds., otro por todas las Hermanas y personas inherentes al Instituto y el otro por mí que tengo mucha necesidad y les ruego por caridad de hacérmela propio de corazón, asegurándoles que, si mis oraciones son todas por Uds. en esta novena, agregaré nuevo fervor para obtenerles los dones y los frutos del Espíritu de su amable Jesús, de tal modo que embriagadas del Santo Amor Divino, no puedan encontrar más ninguna dificultad en la práctica de la virtud, aún en la más ardua, más aún, se tornen dulcísimas y como una necesidad primordial de sus almas. Recuerden que del hacer bien esta novena, depende en gran parte el que Uds. avancen en la perfección.

Coraje, por lo tanto, para saber encontrar algún pequeño sacrificio para unirlo a la oración, y los verdaderos sacrificios encuéntranlos en la práctica sólida de aquellas virtudes que más cuestan, especialmente a su juicio y amor propio.

En estos días estemos en modo especial, unidas al santo Cenáculo, todas juntas en medio de nuestra cara celeste Mamá nuestra y nuestra Fundadora y defensora; por tanto valientes todas, yo estoy en espíritu observando quién hace mayor esfuerzo, y sobre ella yo también me complazco sintiendo el precioso perfume que de su corazón se alza hasta el cielo, y atrae las más necesarias y electas bendiciones sobre el Instituto.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 1º, Carta 110}

Al año siguiente (1890) y luego de su primera Fundación en los Estados Unidos, encontrándose en Nueva York por su segundo viaje, siente tanto la lejanía de sus Hijas dejadas en Italia, que continúa con sus cartas la formación de ellas:

“La lejanía puede separar lo material pero no lo espiritual y yo estoy siempre en medio de Uds. con el espíritu, cerca de cada una de mis chicas queridas, mirando cómo se portan y qué esfuerzos hacen para ser perfectas religiosas, verdaderas Misioneras del Sagrado Corazón. Pero nada temeré después de que han recibido el Espíritu Santo, porque Él habrá roto el muro de la dificultad dándoles fuerza y habilidad en todo lo concerniente al avance espiritual de Uds.

¡Oh! queridas hijas mías, tengan mucha confianza en el Espíritu Santo porque Él tiene la propiedad de enternecer los corazones duros, doblegar a los rebeldes, de ablandar a los ásperos, de inflamar a los fríos, de fortificar a los débiles, de fortalecer a los pusilánimes, de recoger a los disipados, de dar estabilidad a los volubles, de pacificar a los que sufren turbación, de convertir a los soberbios en humildes, a los iracundos en mansos, los avaros en pobres de espíritu, los delicados en mortificados, los poco modestos en puros e inmaculados, los desobedientes en obedientísimos, los duros en su propia opinión en muy dóciles y verdaderamente humildes!

Por lo tanto, Hijas mías, examínense en estas excelentes propiedades del Espíritu Santo y podrán bien entender si de verdad ha descendido sobre Uds. por la buena preparación, si no les suplico recogerse ahora e invitarlo de nuevo, no dejando de suplicarlo hasta que se sientan totalmente cambiadas y verdaderamente transformadas. De este modo se deben preparar a nuestra gran fiesta, la más solemne, aquella quiero decir del Corazón Smo. de Jesús. Así bien preparadas, les será de gran dulzura la renovación de los votos que harán en ese Santo día, y después su humilde y cálida oración se elevará tan grata al celeste trono que todas obtendrán aquellas gracias que desean y así agrandan el campo de la verdadera Gloria de Dios por medio de mis santas hijitas queridas.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 1º, Carta 388}

Para Madre Cabrini ***“romper los muros de la dificultad”***, equivalía al empeño de afrontar seriamente la lucha contra el propio “yo” rebelde que obstaculiza, muchas veces, la apertura incondicional que transforma nuestra vida abriéndola a la Fe que supera todo obstáculo. El autor Zelinskij explica las razones por las cuales nuestra fe no “mueve las montañas”, según las palabras de Jesús: “Tengan fe en Dios” dice Jesús (Mc 11, 22). “Dios habla de alguno que tiene una fe tan fuerte que si dice a aquella montaña: “levántate y arrójate al mar” (Mc 11, 23) la montaña le obedecerá. Y todavía aquella no nos obedece. Se levantan como una prueba incontestable de la impotencia de nuestra fe. Las palabras suplican, truenan, dan órdenes, el conjunto de piedra se queda en su lugar, enorme, muda, segura de sí...” [Wladimir Zelinskij, op. cit. Pág. 170] El autor, siguiendo su razonamiento, comenta que aquella montaña de piedra que queda fija en su lugar es “nuestro yo”. Son nuestros pensamientos, nuestras decisiones, nuestros pecados que si nos pesan se convierten en duros como piedras. Se endurecen como una sustancia rocosa, bien comprimida, hecha con piezas minúsculas de nuestra vida, separada de la fuente. Se yerguen en sociedad de “ego” en pequeñas ambiciones, en género de Tibet de autosuficiencia. [Wladimir Zelinskij, op. cit., Pág. 170]

Para Madre Cabrini sólo el Espíritu Santo puede verdaderamente obrar los cambios:

“Ahora ya han recibido el Espíritu Santo que debe operar en Uds. cambios maravillosos. Deh! tengan gran confianza en el Espíritu Santo porque Él puede cambiarlas en Serafines de amor, caldeando la frialdad de Uds., quemando todo lo que sabe a humano, puede enviarles, eso es, ciertas luces claras grandes y fuertes, por lo que Uds. no podrán resistir a la Gracia, mas doblegarse dócilmente y obrar así cambios maravillosos, por lo que cuando regrese, yo podré espejarme en Uds. y recibir de Uds. nuevo y gran impulso para correr por la vía de la perfección.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 2, Carta 494}

Durante la novena de Pentecostés, deseaba que en la comunidad se invocara al Espíritu Santo con el “Veni Creator” tres veces en el día. Especialmente al inicio de las Fundaciones, Madre Cabrini insistía muchísimo en confiar al Espíritu Santo el crecimiento espiritual de las Hermanas y de la Misión:

“Aquí parece que todo anda bien, pero ahora es necesario mostrarse agradecida al Corazón de Jesús con viva gratitud y una conducta de verdadera salesiana y misionera. Les recomiendo, por lo tanto, estudiar cómo llegar a ser propiamente tales. El viernes, pues, comenzando la novena de Pentecostés, sean bien, bien diligentes en observar el horario de las Reglas. Especialmente observen rigurosamente el silencio. Piensen en los Apóstoles en el Cenáculo y hagan lo mismo, estando siempre unidas con Dios e invocando el Espíritu Santo para que descienda sobre Uds. con sus (siete) dones y les quite todos los defectos y las pasiones contrarias. Invóquenlo tres veces al día con el Veni Creator y otras oraciones. ¡Oh sí descenderá de verdad en sus almas!, entonces se podrán decir afortunadas porque serán verdaderamente ardientes Esposas de Cristo. Aprovechen, entonces, muy bien de esta querida entre todas las novenas. El silencio que no sea solamente externo, sino también interno para impedir que el alboroto de nuestra loca fantasía impida poder sentir y entender las bellas y santas inspiraciones que les impartirá. Miren que Él viene y se va, que no se para, ¡guai si no las encuentra preparadas, al modo de las Vírgenes insensatas!...”
{Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 1º, Carta 189}

Y auguraba con frecuencia a sus Misioneras el don de fortaleza del Espíritu que se obtiene si se reza incesantemente:

“Tengan confianza, confianza grande; fe y confianza, oh hijas, y oración constante, y el Espíritu Santo con su inmensa caridad se difundirá en nuestros corazones, en nuestras almas, para hacerlas fuertes de su misma fortaleza.” E. una y otra ola, Págs. 238/239}

b) El Espíritu Santo es el promotor de las Misiones

Madre Cabrini estaba convencida de que la audacia misionera era fruto del Espíritu Santo según las palabras de Jesús: “Cuando vendrá el Consolador que yo les enviaré del Padre, el Espíritu de la Verdad que procede del Padre, Él me rendirá testimonio; y también Uds. me rendirán testimonio, porque estuvieron conmigo desde el principio.” [Jn 15, 26 – 27]
Por tales razones y con el fin de que las Misioneras avancen y sea eficaz (su misión) deben rezar al Espíritu Santo:

“Suplíquenle que venga a menudo a nuestras mentes, ilustrándolas, iluminándolas, santificándolas. Suplíquenle que ilumine las tinieblas que hoy entorpecen tanto la tierra como densas nubes, casi palpables, que no dejan ya distinguir el bien en su verdadera sustancia. Ruéguenle que mande su luz para salvar a tantas almas, que son la herencia preciosísima de nuestro amado Jesús. ¡Ea, salva, oh Señor, a aquéllos que tanto esperan y confían en Ti, y haz que la predilecta heredad de tus redimidos, que nosotros queremos conducir a tu sacratísimo Corazón, no caiga en poder de nuestros encarnizados enemigos! Piensen, hijas mías, que los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, hablaban varias lenguas, y que Uds. si se despojan de ustedes mismas, verdaderas amantes de Jesús, animadas por el mismo Espíritu, hablarán y anunciarán las maravillas de Cristo de diversas formas, según el Espíritu Santo les dé la gracia y la oportunidad de hablar. ¡Qué grato es al Espíritu Santo ver almas fervorosas que tratan de empeñarse en dilatar el reino de Jesucristo! Es un obsequio divino que nosotras le hacemos cada vez que inducimos a un pecador a que se convierta. Cada vez que insertamos en los corazones católicos un conocimiento, una idea más clara de Jesús. Trabajen, trabajen infatigablemente sin cansarse, por la salvación de las almas; que la gracia del Espíritu Santo trabaja con ustedes, reza con ustedes, les comunica sus luces, sus gracias, sus tesoros.

Si son verdaderamente celosas. Las iluminará en verdad con su luz divina, las asistirá en sus obras y trabajos, las sostendrá en los riesgos, las defenderá de los enemigos internos y externos y las confirmará en su virtud. Tengan confianza, una gran confianza; fe y confianza, oh hijas, y oración constante, y el Espíritu Santo con su inmensa caridad se difundirá en nuestros corazones, en nuestras almas, para hacerlas fuertes en su inmensa fortaleza. Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur". {E. una y otra ola, Págs. 238/239}

Madre Cabrini sentía la presencia de Dios en su vida a través de la fuerza que recibía del Espíritu Santo en cada momento, tanto que lo comunica a las Hermanas y las invita a un comportamiento de constante atención a aquella divina presencia.

"Tratemos, hijas, de ser nosotras también fieles a las actuaciones del amor santo en nuestras almas. Que nuestro espíritu sea puro, desinteresado, humilde, flexible, y entonces verán cuán bellas y admirables son las obras del Espíritu Santo en nuestros corazones. Es una labor que arrebatara en éxtasis estupefacto hasta a las angélicas inteligencias. Es un trabajo digno de la sabiduría y bondad infinitas de Dios; este Espíritu trabaja con nosotras, ora con nosotras, se fatiga, suda y sufre con nosotras, y por tanto es Él mismo, nuestro Amado, quien trabaja, ruega, se fatiga con nosotras, nos ilumina, nos instruye, nos anima, nos conforta con sus abundantes y perennes luces, con sus mociones e impulsos para cualquier obra santa. En una palabra, Él está rodeándonos con amorosa solicitud digna de su eterno e infinito amor por nosotras." {E. una y otra ola, Pág. 101/102}

En efecto el trabajo apostólico da fruto:

"Cuando es asociado a la Gracia del Espíritu Santo, que sin rumor de palabras, penetra en lo más íntimo recóndito del corazón." {E. una y otra ola, Pág. 511}

También la observancia de las Reglas, según Madre Cabrini ***"es un camino trazado por el espíritu Santo"***. {E. una y otra ola, Pág. 487} y por esto conduce a la santidad, más aún, para Madre Cabrini toda la experiencia de la Vocación Religiosa es obra del espíritu Santo. Recordando el día de su primera Profesión Religiosa, dice:

"¡Qué hermoso día fue aquél! Era justo el día del Señor: Haec est dies Quam fecit Dominus: exultemus et laetemur in ea. Entonces experimentamos lo bello y glorioso que es consagrarse al Señor, a ese amado Jesús que desde tanto tiempo atrás nos venía preparando. Gustamos las inefables dulzuras de la vida religiosa; nuestra alma fue colmada de carismas y recibió un nuevo bautismo, todo de fuego divino. El gozo del Espíritu Santo, que ya nos había alegrado abundantemente el día de nuestra Confirmación, se difundió copiosamente para llenar de celeste alegría nuestro corazón. En aquel día solemne e inolvidable bebimos a grandes sorbos en las fuentes perennes de las llagas santísimas del divino Redentor; bajaron los cielos hasta nosotras y se acercaron a la tierra; el Cordero divino, en la extrema amabilidad de su divino Corazón, exultó de alegría al celebrar con nosotras los místicos desposorios." {E. una y otra ola, Pág. 483}

El autor Teólogo Giuseppe De Luca habla de la presencia del Espíritu Santo en la vida de Madre Cabrini, como un torrente que la atraviesa sin ostentación y con discreción. ***"Creó el torrente interior del Espíritu con un comportamiento sereno, igual, sonriente. Hasta el final. Veló Dios"***. {P. y P., Pág. 27}

ORACIÓN

***“Espíritu Santo,
ven del Cielo y del Tabernáculo, mi Cielo,***

con tus rayos, ven,

enciéndeme, ilumina mi mente y el corazón...

Prevenme, oh Santo Amor de mi Jesús,

temprano a la mañana que yo quiero servirte

bien como Tú quieres.”

SANTA FRANCISCA CABRINI

{P. y P., Pág. 152 (19)}

CAPÍTULO QUINTO

“Él es también la cabeza del cuerpo,
de la Iglesia”

(Col. 1, 18)

Creo en la Iglesia,
una, Santa, católica y apostólica

Santa Francisca Cabrini y “el regazo de la Iglesia”

Así explica Giuseppe De Luca el sentido de la Iglesia que tiene Madre Cabrini: “Tuvo como maestra a la Iglesia con sus enseñanzas eternas y con la particularidad temporal de su tiempo. Aceptó y cambió expresiones y directivas, así como entre 1880 y 1910 ofrecía la Iglesia, reconociendo lo divino y no rechazando lo humano. Alma inmortal y mujer de su tiempo, hizo su viaje terrestre sobre la nave de la Iglesia, acomodándose sin desdén sublime ni inteligencia crítica al color del tiempo.

“Nosotros estamos en el seno de la Iglesia Católica reposando nuestra cabeza en la piedra misteriosa y querida que es Jesús”. {P. y P., Pág. 17}

Madre Cabrini fue educada propiamente en el seno de la fe católica, la frecuencia a los Sacramentos la había formado para ser una piedra viva del edificio espiritual que es la Iglesia:

“Unidas a Él, piedra viva... pero elegida y preciosa delante de Dios, también Uds. son empleadas como piedras vivas para la construcción de un edificio espiritual.” {Cfr. 1ª Pt. 2, 4 – 5}

Esta convicción la rendía cordialmente fiel a la Iglesia, y a las personas que la representaban sobre la tierra.

Aceptó las dificultades de la relación con algunas personas de la Iglesia, pero siempre las estimó, y se lo ve en muchas actitudes de su vida.

“El Padre Lepore, párroco de nuestra misión fue asesinado el 18 de noviembre de 1903 por mano de un italiano. El Padre Guida, jesuita, le sucedió en el oficio de párroco hasta nueva orden o mandato. La colonia estaba dividida en dos facciones: una que adhería a su párroco Padre Lepore y la otra, menos numerosa, pero cabezas pudientes que habían construido otra Iglesia para poder tener otro sacerdote y echar al Padre Lepore; ahora que éste no vivía, tentaron con razones y engaños inducir al Padre Guida a dejar vacante la Iglesia hecha edificar por el Padre Lepore y celebrar en la otra. Él se dejó persuadir, a pesar de que les aseguró a las Hermanas y a Madre Luigina, que entonces era la Madre Asistente (de EEUU), y además no había regresado la Superiora, quienes le previnieron que se sublevaría el pueblo, que lo pensara bien antes de decidir pero él fue inamovible. Sucedió lo que se había previsto y sería demasiado largo comentar todo, que ni siquiera es necesario para este tiempo. Las pobres Hermanas se encontraron entre la espada y la pared, porque de una parte el Padre Guida exigía a las Hermanas que dieran buen ejemplo al pueblo yendo a la Iglesia nueva, con los niños, mientras que de la otra parte el pueblo rabioso, ya más de una vez les había advertido que se cuidaran bien de ir (allá) porque si no estarían en peligro sus vidas. En este peligro, la Venerada Madre General que estaba informada de todo, respondió:

“Vaya a lo del Obispo y después de haberle informado del peligro en que pueden incurrir, obedézanle.”

El buen Obispo quedó muy edificado ante esta sumisión y trató de protegernos, así que los domingos, ya que el Padre no quería celebrar en la acostumbrada Iglesia y el pueblo rechazaba poner pie en la nueva y querían la Misa, el Obispo mandó a otro Padre para que celebrara en la vieja Iglesia y la gente se aquietó un poco.” [De las memorias de la Casa de Denver (EEUU). Archivo General, Roma]

Esto es sólo un ejemplo dentro de tantos casos en los que la Madre Cabrini manifiesta su Fe en la Iglesia y en sus representantes. Hasta en cosas muy pequeñas, cuando las Hermanas estaban perplejas sobre cómo debían comportarse, Madre Cabrini, si no podía resolverlo ella, las invitaba a dirigirse al Obispo.

Una vez en Argentina, Madre Domenica Bianchi, tomando posesión de una casa que las Hermanas habían alquilado, mientras limpiaba revisando todos los ángulos se encontró con un postigo que debía funcionar como de un escondijo, descubrió un sobre con dinero y otros títulos. Madre Cabrini, sabiendo cómo aconsejarlas, mandó a las Hermanas a que le preguntaran al Obispo cómo proceder. Toda la vida de Madre Cabrini fue un ejercicio de Fe frente a los representantes de la Iglesia por lo que encontraba ahora uno benévolo y acogedor, ahora reticente y frío, o llenos de prejuicios respecto de Italia y de los italianos, o simplemente contrarios, y siempre supo comprender la situación, usar una santa diplomacia, confiar en aquello que entre éstos podían ayudarla sin crear divisiones, y sólo por esta lucha leal y serena, atender la bendición del Señor. Al mismo tiempo, buscó siempre mantener una sana independencia que le permitiera actuar con libertad para que sus obras tuvieran un estilo y la organización que ella deseaba.

La Iglesia fue fundada por Jesucristo sobre el fundamento de los Apóstoles y de ella descende como de una surgente divina, la progresión de los representantes de Dios sobre la tierra: El Papa y los Obispos. Francisca Cabrini tiene un sentimiento tan marcado de la Iglesia que es difícil pensar en ella diferente. Todo lo que ella dice de la Iglesia lo vive en la fe que practica cada día y cada momento. Todas sus obras están marcadas de largas problemáticas vividas con la Iglesia local, con obispos y sacerdotes, que en sus comportamientos revelan muy claramente los prejuicios que tenían respecto de los italianos y, más aún, de la mujer italiana. Pero estos hechos, documentados en todos los relatos de las Fundaciones de Madre Cabrini, no ponen nunca en duda, ni por un momento, su fe en la Iglesia. Así escribe en ocasión de un regalo recibido de Roma.

“¡San Pedro y Pablo...! no podía hacernos un regalo mejor el Cardenal Vicario. Rezaba siempre a San Pedro que nos ate bien, bien a sus pies, cada vez que lo besaba y apoyaba en ellos mi cabeza, pero ahora ha venido para estar con nosotras, no tengo más dudas; hasta que San Pedro estará en nuestra casa, nosotras estaremos con él, unidas así a la Piedra Fundamental de la Iglesia, seremos verdaderos y robustos miembros del Cuerpo místico de la Iglesia de Cristo Jesús, y no tendremos nunca más, miedo de quedar sujetas a nuestros enemigos. Pero hace falta fe, hijas, fe viva, que si se acercaren al Altar privilegiado con la fe de los Santos, sus oraciones serán siempre escuchadas. Busquen la Santidad para mí, pero bien de corazón, y búsqwenla también para Uds., búsqwenla con viva instancia y estén seguras de que el resto de las cosas que necesiten les será siempre dado en sobreabundancia. Jesucristo lo ha prometido, y su palabra nunca fallará.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 2, Carta 687}

Las obras fundadas por Madre Cabrini estuvieron todas ancladas a la Iglesia local y universal. Fundaba por pedido del Papa y realizaba sus fundaciones con todos los permisos del Obispo local. Esta total pertenencia a la Iglesia no era la dependencia que con frecuencia se exige a las Hermanas, o una dependencia servil y tímida, pero era un modo de expresar que su misión estaba fuertemente unida a la misión de la Iglesia: éste debía ser el mensaje que ella daba a la gente y hasta que este mensaje no era evidente, Francisca Cabrini no tomaba una decisión definitiva. La vacilación de muchos prelados con los que tuvo que ver Madre Cabrini lo demuestran en forma elocuente. Ella sabía esperar, y entendía que hacer las cosas sin una clara aprobación, sería un engaño del maligno para ponerla en dificultad. El buen sentido siempre la ayudó. No vacilaba frente a la dificultad, apenas llegaba a Roma, iba a San Pedro (Basílica).

“Feliz de poner por algún instante, la cabeza bajo ese santo pie y suplicarle que una siempre más a todos los miembros del Instituto con la Santa Iglesia de la que son hijas obsecuentísimas y por la cual daría la sangre y la vida con gozo inefable.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 1, Carta 419}

Los advenimientos de su vida lo demuestran. De la primera biografía, escrita por “una de sus Hijas”, sabemos lo que ocurrió en Roma:

El Cardenal Lucido María Parocchi recibió (a M. Cabrini) con esa digna bondad que le era natural, pero conociendo la finalidad de su viaje a Roma, no quiso disimular la dificultad de tal empresa. Un Instituto fundado desde hacía sólo siete años, quería establecerse en Roma y con aprobación... ¡era demasiado pronto! y después abrir una casa en una Roma, donde todos los institutos religiosos abundan como las flores del prado en primavera... era una cosa por lo menos inoportuna. En Codogno sí, y habría podido hacer un gran bien, pero en Roma, cierto que no había necesidad de ella; la educación de las niñas, los pensionados, las escuelas... eran todas cosas buenas, pero ya había muchos institutos que se ocupaban de ellos. Y después, ¿dónde estaba el capital? Si hubiera tenido quinientas mil liras disponibles él hubiera sabido bien cómo emplearlas en Roma; pero así, ¡sin nada!... no, no era el momento oportuno; que regresaran a Codogno; más tarde habrían podido regresar a Roma con esperanza de mejor resultado.

La entrevista, no se puede negar, era desalentadora. Sin embargo aquel ilustre príncipe de la santa Iglesia, profundo conocedor de las personas, debió haber percibido alguna cosa de singular en la humilde religiosa que dependía de sus labios, esperando una palabra alentadora. “¿Cuál es el espíritu del Instituto?” – preguntó él y titubeando la Madre en responder, su compañera había comenzado a enumerar rápidamente las virtudes que el Instituto se proponía cultivar en sus miembros, cuando la Fundadora la interrumpe diciendo: ***“Pero, ¿qué dices, hija mía? yo no sé todavía si el espíritu ha venido a estar en nuestra casa...”*** De esta respuesta el Cardenal quedó favorablemente impresionado, como benignamente había sonreído cuando le aseguró que la fundadora del Instituto era la Virgen de las Gracias; no sabemos si por especial impulso de Dios o para probar la virtud de la Madre, o tal vez movido por razones de prudencia, el Cardenal la despidió, diciendo: “Tú has dicho que la Virgen de las Gracias es su fundadora: que haga entonces el milagro y en vez de las rosas que le fueron pedidas a la Bernardita, te haga encontrar las quinientas mil liras; yo lo tendré como señal de la voluntad de Dios. Por ahora obedezcan y regresen a Codogno.”

Al salir de la audiencia con el Cardenal Vicario la Madre estaba pálida; repuso con mucha prontitud las lágrimas que le brillaron en las pestañas, diciendo: ***“¡Gracias a Dios!*** Después repitió varias veces: ***“¡Fiat Voluntas tua!”*** (Hágase tu Voluntad) ***“¡Te agradezco oh Jesús mío, que las cosas no van a modo mío!”*** y volviéndose a su compañera a quien veía abatida y llorosa, le dijo con mucha calma y serenidad: ***“¡Quédate tranquila, que el Señor le cambiará el corazón.”***

Y en una carta al Padre Angelini, la Madre después de haberle comentado la conversación tenida con el Cardenal Vicario, concluye: ***“A pesar de la poca esperanza que nos dio el Cardenal Vicario respecto de nuestra fundación, iremos nuevamente a hablar y escribir a su Eminencia. Es demasiado vivo el deseo y me parece justo. Por otra parte me fortalece el pensamiento de que todas nuestras fundaciones fueron basadas sobre la santa Pobreza y que la gracia del Cielo nunca nos faltó; no puedo concebir la idea de la necesidad de tanto dinero para fundar una casa en Roma, que sería como el centro de nuestra sociedad. ¿Qué me dice Padre? El Sagrado Corazón que nos inspiró desde el principio y que nos sostiene continuamente, querrá ayudarnos haciendo desaparecer todas las nubes que en este momento nos perturban. Fuimos a visitar la Basílica de San Pedro, besando el pie del caro Apóstol y rogándole que una estrechamente nuestro Instituto a la Santa Iglesia, a través de la aprobación de la “Sagrada Congregación de los Regulares”. Le suplicamos confirmarnos siempre más en la Fe, por la que daremos la vida, e invocamos una ayuda especial por el Vicario de Cristo en la tierra...”*** [Madre Saverio De María, Op. cit., Págs. 79/80]

El 16 de octubre el Padre Niochini refirió a la Madre que el Cardenal Vicario le dijo en confidencia, que estaba dispuesto a favorecer a las Misioneras del Sagrado Corazón porque el Señor “le había cambiado el corazón”. [Madre Saverio De María, Op. cit., Pág. 83]

De la misma Biografía sabemos qué cosa había ocurrido en Nueva York:

“Satisfechos los deberes de piedad, el primer pensamiento de la Madre fue dirigirse hacia el Arzobispo; y Mons. Corrigan la recibió con bondad y amable paternidad, sin disimular una cierta preocupación. Después, cuando se empezó a hablar de la fundación, él le dijo claramente que la idea de la señora Cesnola de querer abrir un nuevo orfanato en Nueva York, donde ya había tantos, era un absurdo; que no podía permitir que se iniciara la obra en un centro aristocrático como era el que había elegido la condesa; lo más era hacer un asilo (Jardín de Infantes) en la baja ciudad en medio de los italianos y cuando el Instituto hubiera tenido casa propia. Concluyó diciendo más o menos lo mismo que el Cardenal Parocchi en Roma: “Yo no veo mejor solución que ésta, que Ud. Madre regrese a Italia con sus Hermanas.” “Fue un momento indescriptible”, dicen las Memorias, “nuestra Madre se puso palidísima y nosotras, en voz baja nos decíamos: ¿cómo? ¿tendremos que surcar de nuevo el mar? Ciertamente que a pesar del temor que nos causaba, pensar en una nueva travesía (del mar) si no hubiera estado con nosotras la Madre, hubiéramos hecho nuestro “fardillo”, pero nuestra Madre, con coraje y una calma que sólo Jesús podía darle, dijo: **“¡Oh! esto no Excelencia, aquí hemos venido por orden de la Santa Sede y aquí debo quedarme.”** Memoria de Nueva York, Archivo General, Roma. [Madre Saverio De María, Op. cit., Págs. 111/112]

Luego el Arzobispo Corrigan fue un sincero sostenedor de las obras de Madre Cabrini.

La misma situación se repitió en Bilbao (España). El Obispo la hizo esperar meses y meses antes de darle el permiso. Así en Inglaterra y en Francia. Los sentimientos de Madre Cabrini respecto a la Iglesia no cambiaban.

“Nosotras estamos en el seno de la Iglesia Católica, y en este santo lugar, reposamos la cabeza siempre sobre la piedra misteriosa y amada que es Jesús; a Él nos adherimos en todo, sin nunca decirle que no; nosotras nos apoyamos en Él únicamente, tranquilas y seguras; y actuando así, merecemos en Jesús y por Jesús participar en todos los bienes y gracias que Jesús trae consigo. Por tanto, también en el mar soy feliz, al festejar el más bello aniversario de mi vida. Jesús, desde lo alto de la escala, me mira benévolo; yo lo invito y al punto viene espiritualmente a mí, dignándose bajar al barco, y justo en el “Fulda” que nos lleva, para concedernos gracia a nosotras y a todos cuantos viajan en él. ¡Qué gran gracia, qué hermoso espectáculo, hijas, y nosotras no parábamos mientes en Él.” {E. una y otra ola, Pág. 154}

Su más grande deseo era el de **“llevar a todas partes el Santísimo nombre de Jesús y atraer a todas las almas al seno de la Iglesia Católica, en la que hay salud para la vida eterna.”** {E. una y otra ola, Pág. 365}

La relación especial que tuvo con el Papa León XIII demuestra todavía mejor, que el amor por la Iglesia era también el amor por el Vicario de Cristo. Para el Papa, Madre Cabrini tenía siempre palabras entusiastas y cargadas de fe, en particular tenía una verdadera devoción por la bendición del Papa.

“Tengan también mucha confianza en la bendición del Sumo Pontífice León XIII quien, por mi medio impartía a todas y a cada una, en la audiencia privada que se dignó concederme. La Bendición del santo anciano del Vaticano descienda sobre Uds., sobre el Instituto, gracias copiosas como aquéllas del santo Patriarca Jacob y conceda al ánimo de cada una de Uds. frutos abundantes de santificación. También les debe ser de consuelo y de estímulo la protección que León XIII como Padre afectuoso, demuestra para nuestro Instituto; únense, entonces, con la fe y los sentimientos en torno de la roca del Vaticano y estén seguras de que unidas tenazmente a la nave de Pedro no pereceremos. Vendrán las

olas borrascosas, amenazarán hundir la mística barca de la Iglesia Católica, pero no, las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Coraje, por consiguiente, fortaleza y generosidad. Pero, agradezcan a Jesús el afecto todo particular que tiene por el Instituto al permitir tantos beneficios para nosotras, de su Vicario en la tierra. Justo el día de la Inmaculada tuve audiencia privada (con el Papa); este consuelo quiso guardar para mí y para el Instituto, nuestra celeste Madre Inmaculada, nuestra Santa Fundadora. El Santo Padre, como las otras veces, tuvo para mí afectuosísimas demostraciones de dejarme de verdad confundida; se interesó por el Instituto, por las nuevas fundaciones, por el trabajo de cada una de las Misiones y bendijo a todos con esa grandeza de corazón tan propia del gran León XIII, del Buen Padre de nuestro Instituto. Tuvo palabras de gran estímulo y suma satisfacción por las obras que abraza el Instituto, y me dijo: “¿Saben que yo las amo tanto, tanto?” Reciban con fe estas santas palabras del Vicario de Cristo, como las recibo yo, y siempre más les dé coraje para trabajar seria y firmemente en la propia satisfacción y en aquélla de las almas a Uds. confiadas.” {Santa Francisca Cabrini, Epistolario, Volumen 3, Carta 1192}

Las referencias al Santo Padre como Pastor, luz del mundo, guía de los pueblos, pastor universal, son muchísimas y siempre en conexión con el sentido de la Iglesia por la que insistía que se rezara mucho para que todos **“tengan y se unan a nosotras para formar una sola familia, un solo redil, bajo el mismo pastor, al que está ligada nuestra suerte por voluntad expresa de Jesucristo.”** {E. una y otra ola, Pág. 209}

Su oración y su misión estaban centradas sobre el conocimiento de Jesucristo para dar nuevos hijos a la Iglesia:

“¡Oh Jesús mío, qué bueno eres! Yo no dejaré nunca de hablar de ti y de tu divino Corazón; yo nunca me cansaré de predicar tus alabanzas, porque surges cada día más como vida luz y, a modo de relámpago ardiente, corres cual auténtico gigante en cualquier país, iluminas las almas, enciendes los corazones y suavemente los empujas a entrar en el hermoso seno de tu Iglesia para seguirte muy de cerca. Recen, hijas carísimas, recen mucho por la conversión de Inglaterra; que verdaderamente se encoge el ánimo de que este país no tenga la verdadera fe, disponiendo de todas las hermosas cualidades para ser porción de Cristo. Su único mal es que tiene una fe mediatizada, no estando vinculada al jefe único que hace la unión perfecta de la Iglesia con Cristo. Ya lo dijo Jesucristo: “Quien no entra por la puerta del redil no tendrá salvación.” La puerta del redil es la Iglesia católica, la fe en Cristo, la unión con la cabeza que lo representa. Es la fe en Cristo, fe simple y pura; no mediatizada, sino entera; fe que todo lo abraza en su universalidad; la palabra revelada es la que nos hace entrar en la verdadera Iglesia, la que nos hace miembros animados y vivos del Cuerpo místico del Redentor.” {E. una y otra ola, Págs. 381/382}

Una particular solidaridad con los alejados de la Iglesia caracteriza el amor de Madre Cabrini por ellos. En la famosa carta que escribe a las Hermanas el 12 de julio de 1907, cuando comunicó la aprobación definitiva del Instituto de parte de la Santa Sede, así escribe:

“Piensen un poco, hijas carísimas, son Esposas de ese Señor que tiene entre sus Manos el mundo y a todo el mundo debe extenderse la caridad de Uds. Piensen en los cuatrocientos millones de infieles que lo pueblan, en las naciones que se han separado Dios por las herejías, en las sectas insolentes que se sublevan contra Dios y la Iglesia, y levantan descaradamente su estandarte de rebelión contra Dios y su suprema verdad; a la juventud traicionada en las escuelas convertidas en cátedras de incredulidad; a Dios echado de las escuelas, de los tribunales, de los gobiernos de la sociedad; del libre pensamiento, que viene a tomar el lugar de la santa verdad de nuestra Fe Santísima, del materialismo que destruye en el alma todo pensamiento del alma y de la eternidad; piensen en Jesús

abandonado e insultado en el Sacramento del amor, en Jesús despreciado en la persona de su Vicario, perseguido en la Iglesia, oprimido en las órdenes religiosas..." {Stella del Mattino, Pág. 166 (italiano)}

Como es sabido en la segunda mitad del Ochocientos, la sociedad y la cultura estaban impregnadas de anticlericalismo que se había incrementado después de la Unidad de Italia y la caída del poder temporal de los Papas. Madre Cabrini era empedernida defensora del Papa, movida además por las luchas internas que experimentaba entre católicos intransigentes y sostenedores del Papa, y los intransigentes entre católicos y liberales que llegaban a poner en la cárcel a sacerdotes a quienes culpaban sólo por haber defendido al Papa con demasiada vehemencia.

Durante sus viajes escuchaba (de todos colores) contra Italia y contra el Papa y por eso se sentía más obligada a intervenir con su modo suave, pero firme:

"... podemos viajar con la frente alta, y no avergonzarnos ya de ser hijas de una nación que fue siempre grande y también hoy podría tener la primacía entre todas, no sólo por la inteligencia, por la industria, por las artes, por las ciencias, sino también y mucho más, por acoger en su seno al Vicario de Cristo, que es un rey cosmopolita para todos los católicos. Sí, el Papa es la gloria de nosotros los italianos, y la gloria de Italia encontrará su manantial en el buen trato que sepa dar al Venerable habitante del Vaticano." {E. una y otra ola, Pág. 295}

No perdía ocasión, de cualquier modo, de proponer al espíritu religioso de sus Misioneras, el respeto y el amor por el Papa, no sólo por la obediencia que le es debida (como católicos) sino además porque sólo en la bendición de la Iglesia ella sentía la bendición de Dios.

"El Papa ha hablado, Dios ha hablado en él; yo estoy segura por todas. ¡Oh cuán poderosa es la bendición del Papa! Él es Vicario visible de Jesucristo en la tierra, es el representante de Dios, el oráculo de la Santísima Trinidad, el órgano del Espíritu Santo, la trompeta sonora del divino Redentor; su boca es la boca del Señor; su palabra, la palabra del Señor. El Papa es el faro luminoso de la divina Sabiduría, y su palabra, su bendición, es para mí la verdadera columna de fuego que me guía a través de todos los peligros, de todas las dificultades. ¡Ea!, oremos, hijas carísimas; recemos por el Santo Padre, recemos por el supremo regidor de los destinos de la Iglesia, y más en estos tiempos tan difíciles; tenemos absoluta obligación de ello, y un especial deber de reconocimiento filial hacia León XIII nos obliga, quien tanto distingue y ayuda a nuestro Instituto como si fuera su familia predilecta. Hablen, hijas, hablen a todos del Papa, y hagan que todos se unan a él, porque quien íntimamente se une al Papa, por más alejado que estuviera antes del sendero recto, se levanta luego y camina por los caminos del Señor. Recuerden a todos que el Papa es una vid ubérrima, y quien quiera que esté bien unido a él, producirá en la mística viña frutos siempre copiosos." {E. una y otra ola, Págs. 366/367}

En las casas y obras fundadas debía estar siempre presente la foto del Santo Padre y asimismo la bandera, y un continuo referirse a la veneración que se debía al Papa. Durante la inauguración de la Escuela de Denver, así escribe a las Hermanas:

"Las dos naves laterales estaban colmadas por los padres e invitados, mientras estaba preparado en el medio un palco, artísticamente decorado con los colores del Papa; en medio del mismo se destacaba la venerada imagen de nuestro inmortal Pontífice. ¿Cómo podría faltar en toda reunión y fiesta nuestra la figura de Aquél, cuyo recuerdo está tan vivo en mi corazón y en el de todas mis hijas, de Aquél que es el protector de nuestro Instituto, nuestro buen Padre que tanto nos ama, que con su bendición fecunda nuestras fatigas, en cuyo nombre y por cuya orden me siento capaz de emprenderlo todo, con la certeza de que, apoyada en la firme roca del Vaticano, nada he de temer, antes bien con esta protección

tengo una prenda del amor divino?... El nombre del Santo Padre está siempre y debe estar siempre en los labios de las Misioneras, a fin de que todos aprendan de ellas a conocerlo y a venerarlo, como lo hacen ahora, después de nuestra llegada, estos pueblos que forman parte querida de su grey.” {E. una y otra ola, Págs. 278/279}

Esta estima y veneración por el Santo Padre estaba también ligada al afecto que, tanto León XIII como Pío X, manifestaron respecto del Instituto de las Misioneras.

A este designio, Madre Cabrini estaba siempre muy agradecida y era un consuelo para ella. No dejaba nunca de enviar al Papa pequeños presentes y el relato sobre sus misiones. Pero esto nunca le impidió ser sincera con los Obispos y Sacerdotes cuando era necesario, como más de una vez hemos comentado.

Madre Cabrini amó mucho a la Iglesia y en la Iglesia, al Papa. Su fe no vacilaba de frente al hecho que la Iglesia es obra de Jesucristo y que la misión que ella actuaba era una misión de la Iglesia. La fidelidad a Dios, en Jesucristo, era la fidelidad a Su Iglesia y el sufrimiento de la Iglesia era también su sufrimiento y en sus Misioneras esto debía ser un punto firme:

“Oren para que todos los fieles dóciles escuchen la voz del Vicario de Jesucristo, Pío X, el cual, conciente de estos grandes males que intentan hacer derrumbarse a la sociedad desde sus cimientos, se ha propuesto restaurar todas las cosas en Cristo. Fuerte con la fortaleza de Dios, asistido como está por el Espíritu Santo, él no dejará de cumplir en la Iglesia la alta misión para que Dios lo ha elegido: pero, al mismo tiempo, ¡cuántas fatigas debe pasar, cuántas preocupaciones, cuántas penas angustian su corazón, preocupan su mente en el arduo cumplimiento del deber...! Que por lo menos se vea confortado por el amor y la obediencia de sus hijos y encuentre en todos esa cooperación que cada uno debe prestarle necesariamente; esta cooperación hará posible que se cumplan los santos designios del Papa y que se detenga este aluvión de males que amenazan con cubrir el mundo.” {E. una y otra ola, Págs. 552/553}

También en su espiritualidad personal y en sus propósitos, la devoción a la Iglesia y al Papa era fundamental:

“La bendición del Santo Padre es prenda segura de la bendición de Dios, cuánto gozo causan al alma las palabras de este santo anciano. A un ángel dudaría en creer, temiendo una ilusión, pero al Papa le creo y por eso, sus palabras producen tanta tranquilidad a mi alma, con las cuales busco consolarme y asegurarme. Creo no tener otro deseo, salvo el de servir mejor al amado Jesús.” {P. y P., Pág. 184}

En 1899, consagrando el Instituto al Sagrado Corazón, ponía como intenciones en primero y segundo lugar a la Iglesia y al Papa, y sólo en tercer lugar al Instituto:

“Además, hago este acto de consagración total de mí y del Instituto, con todos los miembros que lo componen, para glorificar y consolidar Vuestro Divino Corazón, y para renovar de modo solemne todos cuantos votos, que cual dulces y suavísimos vínculos me unen a Vuestro Amantísimo Divino Corazón.

Por el triunfo de la Santa Iglesia y que siempre sea sin mancha y sin arruga.

Para obtener un espíritu de unidad con su Jefe, y de Santidad al Sacro Colegio de los Cardenales, a todos los Prelados y a todas las almas del Sacro Culto.

Por la prosperidad de nuestro Instituto y de nuestras misiones a la mayor gloria del Divino Corazón.” {P. y P., Pág. 184}

La Iglesia era, por lo tanto, un punto fundamental de referencia para su misión. Un punto del que Madre Cabrini no se separaba ni siquiera cuando soñaba en grande y exhortaba a las Misioneras diciendo **“suéltense y póngase las alas”** una metáfora muy usada por la Madre que se refería a la obediencia, al ardor misionero, a la separación de las cosas de la tierra, siempre en vista a los bienes superiores.

Así lo explica Lucetta Scaraffia:

“Esta invitación a las misioneras de volar más alto significa también un ampliar sus horizontes mentales, la capacidad de mirar las cosas en forma más objetiva, más general, de modo de discernir con más lucidez los acontecimientos, de resistir a la manipulación de la verdad:”

“aprendamos en las dificultades a sobrevolar un poquito más alto que el techo nuestra mirada, porque arriba de ésta ya está preparada siempre la gracia adecuada para cuanto nos ocurre en el desempeño de nuestro oficio y en la práctica de cada virtud y de nuestros deberes.”

”Propiamente este abrirse a una dimensión superior permite no tener miedo de hacer cosas grandes, de tomar empeños pesados, de recorrer el mundo a lo largo y a lo ancho...”

Pero este vuelo místico, este ampliar las aspiraciones evangelizadoras al mundo entero, está anclado fielmente a la Iglesia Católica, hacia la que profesa una fidelidad a toda prueba, nunca malograda por la desilusión de sus ministros terrenos que muchas veces ha experimentado, fundada en una visión de la Iglesia como fuente de irradiación espiritual” [La Santa Iglesia Católica, este árbol de vida, Lucetta Scaraffia, op. cit., Pág. 101 y 104]

ORACIÓN

“¡Oh amor, cómo eres Tú!

¡Todo de todos y todo de cada uno!

Que ese celo y esa ternura que tienes por tu Iglesia universal,

tienes igualmente por cada una de las almas unida a su santa madre la Iglesia.

Uno es el Cuerpo místico de ésta,

como es su cuerpo real y sustancial

que está en el cielo y en la santísima Eucaristía.

No se puede, pues, participar a tu mesa si no se es antes miembro de tu Iglesia;

ni nadie puede venir a tu Iglesia

si Tú, en tu misericordia, no lo atraes y lo agregas.

¡Oh misterio, oh dignación, oh sacramento!

¡Oh sí, nosotras diremos a todas las gentes:

Vengan y observen las obras del Señor,

Quae possuit prodigia super terram!”

{Entre una y otra ola, Págs. 132/133}

CAPÍTULO SEXTO

“Quien siembra en el Espíritu,
del Espíritu
recogerá vida eterna.”

Gal. 6, 86

Creo en la vida eterna...

Santa Francisca Cabrini y la esperanza cristiana

Madre Cabrini ha vivido su experiencia cristiana con la mirada siempre puesta en el Paraíso que era para ella, el premio final que Jesucristo nos ha obtenido, con su vida, muerte y resurrección y que ella esperaba no ahorrando fatigas ni sufrimientos. Como dice San Pablo: “Yo retengo que los sufrimientos del momento presente no se parangonan con la Gloria futura que nos será revelada.” Rom. 8, 18. Madre Cabrini vive los sufrimientos inherentes a su camino de santidad y de misión con la mirada hacia los bienes eternos:

“El alma ha de transportarse de cuando en cuando... al cielo para animarnos a la generosidad en cualquier dificultad, pensando que todo es poco cuando se trata de alcanzar una felicidad sin límites ni confines.” {P. y P., Pág. 85 (34)}

Su fe era sobre todo puesta en las promesas de Dios, en realidad ***“el don de la fe es un encanto de felicidad para los que la poseen, siendo preludio único y seguro para una felicidad eterna.”*** {E. una y otra ola, Pág. 109}

Y así su Esperanza:

“Tengan fe, fe viva, seguras de que ni una sola de nuestras súplicas quedará desatendida. ¡Oh fe, qué hermosa, grande, poderosa eres! ¡La fe produce la esperanza, y la oración es precisamente la esperanza suplicante. In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum. ¡Oh, esperanza del cielo: tanto obtienes cuanto esperas y confías! No desfallezcamos, hijas mías, cuando nos parece que nuestras plegarias no obtengan nada y que nuestra esperanza ha quedado burlada. Nunca, nunca ocurre cosa semejante, sino que todo está previsto por la omnividente sabiduría de Dios. ¡Él sabe el por qué! Esperen contra toda esperanza, y no serán confundidas. Repitan a menudo: te, Domine, speravi, non confundar in aeternum; y, diciéndolo de corazón, levanten el vuelo de la esperanza confiada, que alegra el espíritu, y vivan en la santa alegría del Señor, puesto que si no viven en santa alegría ustedes, que son las Esposas predilectas de Jesús, las verdaderas amigas de su divino Corazón, ¿quién si no?” {E. una y otra ola, Pág. 70}

Con frecuencia invitaba a las Hermanas a pensar en el Paraíso, a hablar del Paraíso, a esperar en el Paraíso:

“Hablen, hijas, hablen a menudo del paraíso, y traten de enamorar, a todos aquellos que tengan cerca, de las virtudes que se requieren para alcanzar aquella bienaventurada patria; que si saben, primero con ejemplo, con vuestra conducta de religiosas irrepreensibles, y luego con celo, abrir la puerta del Paraíso a las almas, estén ciertas de que la encontrarán abierta también para Uds.” {E. una y otra ola, Pág. 191}

En sus notas personales, Madre Cabrini deja entender que en cierto modo fue interiormente iluminada sobre la belleza del Paraíso, especialmente en los momentos más oscuros de su vida, cuando advertía situaciones contrarias a sus deseos o la incomprensión de las personas, de las que habría esperado ayuda. Ella solía decir, a alguna Hermana que le preguntaba cómo hacía para resistir en esas situaciones, especialmente cuando estaba en la Casa de la Providencia en Codogno, ella respondía que tenía sueños de Paraíso, como para decir que Dios la consolaba haciéndole saborear algún breve instante de felicidad:

“Otra vez se vio como transportada por su ángel custodio a un extenso campo de luz, desde donde divisó las puertas del cielo formadas por otras tantas luces espléndidas, y supo que para acercarse a ellas necesitaba volar sobre algunas nubes a una belleza extraordinaria sin pisar la tierra, que no se veía desde allí; y con tal visión quedó muy iluminada la mente de esta persona y comprendió que para llegar a aquellas puertas de la bienaventuranza, debía desprenderse perfectamente de todo, purificar cada vez más los afectos del corazón y padecer voluntariamente, identificándose en todo con la santísima voluntad de Dios. Hubiera querido luego explicar cuanto había visto, pero hubo de decir con Pablo: “Vi cosas que el ojo humano jamás vio; entendí cosas que la mente humana no puede concebir.” Sólo decía que estaba dispuesta a cualquier sacrificio por amor a su amado Jesús.” {P. y P., Págs. 56/57 (14)}

El Paraíso lo describe como un lugar bellísimo donde no hay más sufrimiento, sino gozo pleno, pero sobre todo el Paraíso es poder gozar y ver el rostro de Jesús:

“Hoy tenemos más suerte aún que ayer; no parece que estuviéramos en el mar, sino más bien que nos rodeara una nubecilla como la de la Transfiguración. Un maravilloso azul no deja caso distinguir si tenemos el cielo arriba o abajo; alguna dice que quizá hayamos sido transportadas al tercer cielo; a otra le parece el séptimo, porque una radiante luz hace a cada instante más hermoso todo, de forma que los pasajeros a cada momento exclaman: ¡Oh qué hermoso, qué hermoso, qué hermoso es todo esto! Parecen verse las puertas del Paraíso, que no se cierran al atardecer, porque aquí el día no acaba nunca, porque la luz que emana del divino rostro de nuestro amado Bien es luz inagotable. ¡Oh no, allí no hay noche, no hay ignorancia, ni ceguera, porque todo se ve en Dios! Allí no existe la adversidad, no hay lágrimas, ni dolores, ni gemidos. ¡Ah no, hijas mías, en el cielo no hay nubes que puedan oscurecer nuestro divino Sol, el eterno Sol de justicia!” {E. una y otra ola, Págs. 154/155 (15)}

Su misma catequesis estaba inspirada en la vida eterna hacia quien es dirigido todo cristiano:

“Ahora nos disgusta que el viaje esté por acabar, mientras esta gente, que habían sido tan buenos compañeros de viaje, había ido tomando confianza con nosotras como con sus madres, y podíamos hacerles un poco de bien. ¡Oh, si todavía pudieran unirse todos juntos para meditar las verdades eternas! Que pudiéramos nosotras hablarles de la hermosa felicidad del Paraíso; si son fieles para unirse a menudo con la plegaria a Dios, iluminándolos Él, los salvará con los medios oportunos de los Sacramentos. ¡Si pudiéramos darles a entender que el Paraíso es la casa alegre donde habita el Señor que embriaga, consuela y alegra con sus divinas bellezas y su amor a los bienaventurados! ¡Si pudiéramos

decirles que el Paraíso es el lugar de la eterna paz imperturbable, del gozo y de todas las consolaciones; que el Paraíso es el premio que Dios nos ha prometido solemnemente y que y que concederá a todos los buenos cristianos, fieles a las leyes de Cristo! ¡Oh el Paraíso! ¡El Paraíso! Nadie puede concebir ni expresar la desmesurada inundación de las delicias que el Señor tiene dispuestas para aquéllos que lo aman y le sirven con un culto interno y externo, como es nuestra obligación. Tenía razón el profeta cuando iba diciendo: “Alegraos, saltad de alegría, ¡oh vosotros todos que amáis al Señor!; bebed a grandes sorbos en este río de paz, embriagaos de gloria y de alegría y de felicidad, porque el Señor ha dicho: Yo haré correr sobre la Jerusalén celeste torrentes de gloria, que os consolarán con purísimas consolaciones y delicias.” En aquel bienaventurado y eterno día, nosotros estaremos siempre como en un éxtasis de amor, de reconocimiento, de inmenso júbilo, contemplando el rostro divino tal cual es. Seremos arrebatados por su infinita belleza, iluminados por su luz, embriagados por su paz, inmersos en el torrente de sus divinas consolaciones, porque ver a Dios, contemplar la divina belleza, será lo mismo que amarlo con lo más puro, con el más perfecto amor, y este amor aumentará desmedidamente en nosotros el gozo, el alborozo, la fiesta de nuestras almas. Hablen, hijas, hablen a menudo del Paraíso, y traten de enamorar a todos aquellos que tengan cerca, de las virtudes que se requieren para alcanzar aquella bienaventurada patria; que si saben, primero con el ejemplo, con vuestra conducta de religiosas irrepreensibles, y luego con vuestro celo, abrir la puerta del Paraíso a las almas, estén ciertas de que la encontraréis abierta también para ustedes.” {Entre una y otra ola, Págs. 189/190/191}

Su misma fragilidad física, que con frecuencia la hacía sentir próxima a la muerte, le acercaba el pensamiento del tiempo que se iba velozmente y que es necesario utilizarlo bien para vivirlo intensamente; su modo de vivir ardiente y velozmente, era ya una señal del sentimiento de precariedad con el que vivía los acontecimientos:

“La vida es breve, pocos días y nosotros nos encontraremos en el umbral de la eternidad; ¿entonces cómo quisiéramos haber pasado los años de nuestra vida religiosa?” {Sta. Francisca Cabrini, La Stella del Mattino, Pág. 101}

La fe en la eternidad la llevaba, por eso, a considerar la brevedad del tiempo como un impulso a trabajar bien y rápido, que nunca era frenesí, pero sí responsabilidad de los dones que había recibido de Dios. Las Hermanas eran educadas a un ritmo sostenido también en la vida espiritual para la que ocurre siempre una vigilancia continua que no permite lo que ella llamaba estancarse quietitas, o bien, tiempo de pereza espiritual o material.

“Por lo tanto siempre coraje, hijas mías dilectas, corran con premura en el camino que Dios mismo les ha trazado en la santa observancia y no se detengan nunca en el camino porque el tiempo, es breve tanto cuanto es precioso y nunca está en el poder de Uds. el día de mañana.” {Sta. Francisca Cabrini, La Stella del Mattino, Pág. 189 (italiano)}

Vivir con la dimensión de la Eternidad en la fe del tiempo presente era el secreto misionero de Madre Cabrini, era como una motivación constante que le hacía afrontar cualquier dificultad con la certeza de que todo tiene un sentido en esta vida, el de prepararse una corona para la eternidad.

Todavía una página más de las “Memorias” de Nueva Orleans hace ver cómo estaba difundido el pensamiento que era necesario trabajar para merecer el premio eterno, aunque si todo era confiado a la misericordia de Dios:

“La Reda. Madre Superiora nos preguntó si teníamos miedo de prestar ayuda a los pobres alcanzados (por el “morbo”, enfermedad que había estallado en epidemia) y le respondimos que no, así bendecidas de la obediencia comenzamos el piadoso oficio. Los primeros, nuestros pobres italianos, nos decían que éramos espías de los doctores, y que con ellos íbamos sembrando la fiebre por la ciudad y que los queríamos matar; pero esto no duró

demasiado porque pronto se dieron cuenta de que nuestro fin era el de ayudarlos, tanto en el cuerpo como en el alma. Uno de los primeros casos fue el de un joven agravado por el mal que yacía bajo una escalera, sobre un poco de pajas, abandonado de todos. Apenas nos vio estalló en un angustioso llanto y nos dijo: Hermanas, no tengo a nadie que me asista, que me dé un vaso de agua, por caridad piensen Uds. en llevarme al hospital. Así lo hicimos, llamamos al sacerdote, recibió todos los sacramentos y dos horas después murió, consolado y reconfortado. Una tarde, regresando a casa, supimos de una familia atacada por la enfermedad. Fuimos y encontramos a todos en cama en estado grave, con un muerto en el cuarto de al lado. Como enfermero estaba sólo un pobre joven que veía que pronto perdería a su mujer, a la hermana, al padre y a la madre. No se puede explicar la desolación de aquella familia. Les prestamos las ayudas más urgentes y llamamos enseguida al doctor y al sacerdote. Llegó el Padre y les dio una absolución común, no pudiendo los enfermos hacer una verdadera confesión por el estado de gravedad y estar todos juntos en un cuarto pequeño y hasta con una cama compartida. Recibieron el Santo Viático, y todas las bendiciones y se trasladó a todos al lazareto donde tres de ellos, pobrecitos, pronto murieron. El joven que hacía de enfermero, agotado y debilitado por la desolación, también sucumbió ante la enfermedad y dos días después falleció, la única que sobrevivió de la familia fue una chica de catorce años. Apenas superada la crisis aguda de la enfermedad, la recibimos en nuestra casa de St. Philip, y con amor y ternura la contamos entre nuestras huérfanas. Más tarde, ya mejorada la situación, acompañada por las Hermanas fue al cementerio a poner cuatro cruces sobre las tumbas de su querida familia; y después de algunos meses fue enviada a Italia, a sus desolados parientes. Por acaso fue acompañada durante el viaje por dos de nuestras Hermanas. ¡Qué historia dolorosa! ¡Una cosa es leerlo, otra es verla!... ¡Qué lágrimas, qué lamentos! Pobres nuestros italianos, estaban tan asustados de aquel gran número de doctores de la Marine Hospital, vestidos con el uniforme, que no lograban prestarles ayuda porque los rechazaban o huían como si fueran sus más grandes enemigos. Las Hermanas eran las mediadoras entre los enfermos y el doctor; ellos las buscaban para poder con su ayuda, tener entrada a las casas. Muchas veces las Hermanas debían probar la medicina para inducir al pobre enfermo a tomarla, tanta era la desconfianza que tenían a los doctores que los asistían. A veces a enfermos graves a quienes se obligaba a ir al hospital, no lo hacían si la Hermana no los acompañaba en la carroza o ambulancia. Las Hermanas, confiando siempre en Dios, con gusto cumplían con esos deseos. Nuestra casa de St. Philip en ese tiempo, se había convertido en pequeño hospedaje. Se veía toda clase de refugiados: mujeres convalecientes salidas del hospital, solas, sobrevivientes de su familia, que no tenían más donde ir. Jóvenes desoladas y huérfanas, desamparadas las cuales, ignorando todavía su desgracia, llamaban gritando y llorando a sus queridos familiares que desde hacía días habían sido sepultados. Hasta niños pequeños que durante el día se quedaban con las Hermanas, porque sus casas estaban vacías y no había quien los cuidara. De noche, no faltaba el sonido de las alarmas y más de una vez había que atender a quienes recurrían por el sacerdote, nuestro Capellán que vivía enfrente de nuestra casa. Con frecuencia nos venían a decir, con lágrimas en los ojos: Oh, Hermana, venga que no sé más qué hacer, sólo ayer o anteayer vino el sacerdote para mi mamá y ahora mi padre o mi hermano están mal. Si ocurría que el Capellán estaba afuera, atendiendo a algún enfermo, no era extraño que pobrecito nos dijera: Vengan Uds. Hermanas a confesar si quieren también les pago, pero por favor, vengan enseguida. Desgraciadamente era mucha la escasez de sacerdotes que conocieran el dialecto del pobre enfermo, que en ciertos casos, la Hermana tenía que hacer las veces de sacerdote, animando al moribundo a hacer un sincero acto de contrición y de ardiente amor, supliendo así la falta de sacramento que no podían recibir. Con frecuencia les tocó encomendar el alma, recitar las últimas oraciones y asistir al último respiro.

Estos casos dolorosos fueron muchos más en la epidemia de 1897 ya que en esa oportunidad la escasez de sacerdotes era mayor. ¡Oh espectáculo desolador pero al mismo tiempo, oh qué consolante espectáculo! Como se percibía, al ser misionera, se podrían comentar aún numerosos casos que harían derramar lágrimas de lágrimas de compasión, pero son suficientes los casos señalados para dar una vaga idea de la situación porque sería inútil especificar cada uno, ya que son tan iguales entre ellos.

Se trata de familias destruidas, viudas llorando, huérfanos abandonados, parientes, amigos petrificados por el dolor. Son hechos más de imaginar que de poner por escrito. Un día, mientras las Hermanas acompañaban a una huérfana de 12 años para acogerla entre las otras porque estaba saliendo del hospital, ya que también ella estuvo atacada por la enfermedad y que

ya había perdido a su padre y a su madre, se encontraron con un policía, el cual viendo la tristeza de la niña, preguntó qué le pasaba. Ella contestó: "Pienso que nunca más podré ser feliz en esta vida porque perdí a mi padre y a mi madre y ahora voy al convento donde está mi hermana convaleciente. Al policía se le cayeron unas lágrimas y calló.

Es de notar aquí una cosa maravillosa, por qué mientras, sólo a los italianos atacó la epidemia y nosotras que vivíamos justo en el barrio infectado, tanto las Hermanas como las chicas (internas) fueron preservadas completamente, salvo dos o tres pequeños casos de poco relieve.

En reconocimiento de este favor que lo atribuimos a la Virgen del Pronto Socorro a la que nos habíamos encomendado desde el principio de la epidemia, cesada la enfermedad y regresada la calma, se hizo un hermoso peregrinaje a su Santuario. Era bello ver larga fila de las huérfanas, ahora más numerosa por las chicas que quedaron huérfanas por la epidemia, unida a todas las Hermanas que cantaban la letanía y asistieron a la Santa Misa. {De las Memorias de Nueva Orleans, julio – agosto, 1905}

La vida de las Misioneras está de algún modo sembrada de episodios que revelan su presencia en los momentos cruciales de la gente sea durante epidemias, terremotos, guerras: sentir la muerte cercana a ellas y a las personas, es un momento privilegiado para hacer una llamada más fuerte a su fe, y a la esperanza de la que en esta vida sólo vivimos una parte de la verdadera vida. A veces es difícil para todos, pero prueba de nuestra fe. También Madre Cabrini, sentía la incerteza del momento de la muerte, sólo su gran confianza en el Corazón de Jesús le hacía recobrar de los momentáneos momentos de dudas. Así escribe en su librito de Propósitos:

"Mi salud es incierta, el Paraíso no es seguro, pero esta incertidumbre, ¡oh mi querido Jesús!, me hace bien y parece que inunda mi alma con una nueva alegría, porque me pone en la feliz condición de amarte y servirte filialmente, no servilmente. Sí, ¡oh mi Jesús, mi Bien ¡, gracias por amarte con todo el corazón y por servirte con gran fidelidad en esta vida, y que al final pueda ser un granito de arena que sirva al edificio, al monumento de tu gloria por toda la eternidad. Servirte a Ti, amarte a Ti, glorificarte a Ti, éste es y quiero que sea siempre el único móvil de toda la vida mía, vivir plenamente abandonada a Ti. ¡Oh Jesús mío amantísimo!, yo soy tu herencia. Sé que amas tu herencia; haz, pues, de mí lo que Tú quieras, yo no quiero ya pensar más en mí..."

Sólo quiero pensar en Ti..., y en cuanto a mí..., toda abandonada en Ti, en tu adorable y dulce Corazón.

Beati mortui qui in Domino moriuntur. ¿Cuándo moriré yo. Yo no lo sé, pero mi querido Jesús lo sabe y yo gozo con que sea oculto el tiempo y que venga cuando a Él le plazca.

¿Cómo moriré yo? No lo sé, seguro que como Dios quiera. Me gusta mucho la muerte de San Francisco Javier, en el perfecto abandono de todo socorro humano, sólo con Jesús; quiero, no obstante, lo que Dios quiera de mí y me abandono con la mayor perfección posible a mi miseria, en el Corazón dulcísimo de mi Jesús.

¿Será mejor una vida larga o una vida breve? Ni una ni otra, pues cuanto quiere Dios será mejor para mí. Basta con que viva como si cada día, a cada hora, tuviese que morir. Bello es el morir, para no correr ya más el peligro de ofender a Dios, de faltar a la fidelidad al Amor. Bello es el vivir para poder glorificar a Jesús, sufrir y sacrificarse para consolar al Corazón sacratísimo de Jesús, para conducir almas hacia Él, para imitar la vida santísima de Jesús entre los míseros mortales, para conducirlos cual herencia dejada al Eterno Dios por una feliz eternidad. Pero sobre todo, es bella la cara, amable, adorable voluntad de Dios; morir cuándo, cómo y dónde le plazca." {P. P., Págs. 202/203/204 (6 – 7)}

En la Navidad de 1917, última vivida por Madre Cabrini, en el saludo de augurio que enviaba a todas las Casas y obras, hizo escribir una frase tomada del Salmo 43: "Manda tu luz y tu verdad; ellas me guiarán y me acompañarán a tu monte santo, a tus Tabernáculos."

La hermana a quien se lo había dictado le hizo notar que no era adecuado para la fiesta de Navidad, pero la Madre le había respondido que así estaba bien.

ORACIÓN

***“Mi salud es incierta,
el Paraíso no es seguro,***

***pero esta incertidumbre, ¡oh mi querido Jesús!,
me hace bien y parece que inunda mi alma con una nueva alegría,
porque me pone en la feliz condición de amarte
y servirte filialmente, no servilmente.***

***Sí, ¡oh mi Jesús, mi Bien!,
gracias por amarte con todo el corazón
y por servirte con gran fidelidad en esta vida,***

***y que al final pueda ser un granito de arena que sirva al edificio,
al monumento de tu gloria por toda la eternidad.”***

{P. P., Pág. 202 (6)}

CONCLUSIÓN

“Hermanos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene Fe,
si no tiene obras?

La Fe si no tiene obras,
Está muerta en sí misma.”

St 2, 14 – 16

AMÉN

Cuando hacemos nuestra profesión de Fe recitando el Credo, y concluimos con la palabra “Amén”, tal vez no nos recordamos que esa palabrita final, que quiere decir que todo eso que creemos será puesto en práctica en nuestra vida. Según dice Santiago en su carta, sin las obras la Fe está muerta.

En el caso de Santa Francisca Cabrini, ciertamente las obras están, pero no solamente las obras entendiendo por ellas las Fundaciones, sino que además de ellas, las obras de la Fe, ésas de las que habla Jesús en el Evangelio cuando le preguntan “¿Qué cosas debemos cumplir para hacer las obras de Dios?” Jesús les respondió: “Ésta es la obra de Dios: que crean en Él y en Aquél a quien ha enviado”. Gv. 6, 28 – 29 , o bien, una fe límpida abierta al testimonio y al anuncio del reino de Dios. Hacer conocer a Jesús con la vida y con las obras era el verdadero proyecto de Madre Cabrini. Siempre dispuesta a hacer la voluntad de Dios, a vivir según el Evangelio, a practicar las virtudes teologales, y a practicar las obras de misericordia espiritual y material. Verdaderamente Madre Cabrini se ha prodigado por ser fiel y coherente. “Amén” ha dicho siempre al designio de Dios que descubría momento a momento:

“Debo querer lo que Dios quiere de mí, ni más ni menos, en todo momento, y quererlo realmente del modo que Él quiere, y no permitir, por tanto, a mi corazón afligirse, entristecerse en las distintas circunstancias de la vida aun cuando parezca que todo está perdido.” {P. P., Pág. 79 (5)}

La Fe la guió en toda su vida y el Amén lo dijo siempre, en los momentos importantes y en aquellos menos importantes también. Así fue cuando aceptó ir por seis años a la Casa de la Providencia en Codogno, así fue cuando impulsada por la situación, renunció a su sueño misionero de ir a China, y así fue todas las veces que se encontró en una situación diferente de la prevista, todas las veces que esperaba pacientemente que Dios cambiara el corazón de su interlocutor, y así fue en tantos momentos en los que debía aceptar la frustración de un proyecto, o la muerte de sus mejores colaboradores, o la intriga de un grupo de sus religiosas que no estaban a la altura de su misión.

También como hemos recordado, en Roma cuando el Cardenal Vicario le decía que regresara a Codogno, lo mismo al llegar a Nueva York por primera vez; en Argentina estuvo recorriendo las parroquias de la ciudad tratando de encontrar a alguno de la diócesis a quien explicarle su proyecto, lo mismo en Francia, en Madrid, en Bilbao y donde fuera llamada, admirada o rechazada:

“Mi salud ha mejorado mucho, porque con todos los problemas que se me presentan, he tenido que moverme entre estas sierras y el aire me ha ayudado mucho. Yo estoy alegre pensando que el buen Jesús quiso darme estos problemas para hacerme ir entre sierras y valles, porque si no tendría que haber estado en la olla de Bilbao” (España). {Sta. Francisca Cabrini, Epistolario, Vol. 3, Carta 1076}

Su Amén tenía el rostro del paciente sabiendo que “la prueba de la fe produce la paciencia y la paciencia completa la obra de Dios...” (cfr. St. 1, 3 – 4)

Fue propiamente para poner en práctica el “Credo” que trabajó incesantemente para realizar las obras que le pedía el Sagrado Corazón.

La obra más grande fue la de fundar una Congregación de mujeres en el seguimiento de Jesús, sin temores ni perplejidad, con aquel “tanto” de audacia que le ayudó a fiarse ciegamente de Dios. En ésta, tal vez, la audacia más genuina de Madre Cabrini, fiarse de Dios sin reticencias y con Él hacer cosas grandes.

Las Hermanas misioneras se sumergieron en el trabajo con gran responsabilidad y amor; el Amén de Madre Cabrini se convirtió en el Amén de ellas, como prueba de que la fe de ellas era sincera y perseverante. La educación que recibían era sólida sin cosas superfluas; el trabajo era la respuesta a la profesión de Fe de cada día, con la vida y el sacrificio. A propósito de la compra del edificio que luego sería el Hospital Columbus de Chicago, las peripecias indescriptibles vividas por las Hermanas, las ejercitaron en la perseverancia. Así escriben recordando uno de los tantos momentos del “ir y venir” entre el Arzobispo y los abogados intermediarios:

“Después le telegrafiamos a la Madre para tener la carta de recomendación, lo que hizo a vuelta de correo, enviándonos carta del Arzobispo Farley de Nueva York y de nuestro abogado O’Gorman, testificando nuestro trabajo y condición financiera en Nueva York. De esto retuvimos copia para el archivo y después la entregamos al Arzobispo, quien la leyó con mucho interés y dijo quedar completamente satisfecho. Pero respecto de la respuesta que tenía que darnos acerca de la nueva casa, fue opuesta al proyecto y nos dijo: he consultado al Consejo y todos les son contrarios. (Pero esto no cuenta nada), dijeron que la casa no es adecuada para un asilo y que para las Hermanas es demasiado grande. Lo que es cierto es que la casa es demasiado vieja y la posición no se adapta para tener chicos; convendría más edificar fuera de la ciudad, en el campo... Tuvimos la imprudencia, deseosas como estábamos de obtener su consentimiento, de insistir diciendo que a nuestros italianos les gustaba esa casa, a lo que él respondió: “Debe gustarnos también a nosotros.” Y nosotras, no contentas, agregamos: Pero Excelencia, tenemos ya el dinero. Un señor nos emprestaría 30.000. A lo que el Arzobispo respondió “30.000 no son suficientes, el Padre Barry me ha dicho que son necesarios 40.000.” Como el Padre Barry no nos había comunicado tal noticia, tuvimos el atrevimiento de responder “No, no, con 30.000 se puede comprar, y además Excelencia los italianos están muy dispuestos a ayudarnos, ya nos dieron 1.000.” “¡Mil dólares!” repitió el Arzobispo con un énfasis que hace reír sólo al pensarlo. ¿Qué son mil dólares?” Y a nosotras aquel mil dólares de Garibaldi, únicos asentados en el cuaderno de nuestras subscripciones que habíamos abierto, nos parecía todo un capital.

Se reía también la Madre cuando le contábamos la historia. Viendo que no se podía insistir más, nos despedimos y el Arzobispo nos dijo que lo pensaría y que después nos diría aquello que convenía hacer.” {Memorias de Chicago, Archivo General, Roma}

Y así comentan la conclusión del asunto, que duró meses entre el sí y el no; entre esperas y engaños:

“Así se concluyó un trabajo que costó a la Madre tantas fatigas, tantas penas, que nunca se podrían describir porque a un espíritu bueno, sensible y recto como era el de nuestra Madre, semejantes engaños y traiciones debían serle más dolorosos que una guerra abierta. El Señor ha permitido toda esta tribulación porque sus obras están contraseñadas con el sello de la Cruz y para dar a la Madre una garantía del gran bien que se podrá hacer en esa misión. Lo ha permitido para nuestra edificación porque en las actitudes de la Madre tenemos repetidas veces, preciosas lecciones de las que debemos hacer tesoro, lo ha permitido porque son como rocíos que fecundan el terreno, y el de la Madre sufrido en esta fundación fecundará nuestro trabajo sí, no indignas hijas de tan grande Madre, sepamos trabajar con ese espíritu de humildad, confianza en Dios, desapego de nosotras mismas, virtudes que en ella resplandecieron durante estos meses en los que tuvimos la suerte de tenerla con nosotras. A imitación de la que en el Instituto representa a Dios y quien debe enseñarnos cuál es el espíritu propio del mismo, tratamos de imitarla trabajando con gran prudencia, pero con gran simplicidad teniendo fija la mirada en Dios, así nadie será capaz de desviarnos, animadas de gran desconfianza en nosotras pero confiando totalmente en Dios. De lo demás, como tanto nos recomienda la Madre, si somos simples, tendremos todas las otras virtudes, y especialmente estará lejos de nosotras ese mal espíritu que en esta región impregna el aire y sutilmente se infiltra haciendo derrumbar desde su fundamento el edificio de la perfección religiosa. Si seremos simples, cada cosa que emprendemos para la

gloria de Dios, saldrá bien y como fue en este caso, todas las contrariedades y dificultades se convertirán en bien, dijo la Madre un día.”

Queremos explicar la simplicidad, pero cómo explicarla si es simple. Aquí el secreto: “Quien es simple no tiene pliegues y el enemigo no encuentra, por lo tanto, lugar para esconderse, y tal alma, está toda ella expuesta a la luz del Señor del cual ve el rostro y que sobre ella hace descender luz y calor; que si Dios está con nosotras ¿quién estará contra nosotras? ¿Qué bien no será nuestro? Aquello que dice el Sabio de la Sabiduría; ¡todos los bienes nos vinieron con ella! Nosotras podemos aplicarlo a la simplicidad que es la virtud distintiva de nuestro Instituto y tan inculcado a nosotras de nuestra Madre General.” {Memorias de Chicago, Archivo General, Roma}

La práctica de la Fe comporta un continuo combate, contra la tentación de abandonar todo cuando las dificultades son muchas, cuando los enemigos son numerosos, cuando va de por medio, nuestra popularidad, cuando los “aparentes amigos” nos aconsejan cambiar comportamientos de usar una diplomacia no evangélica.

El Amén de Madre Cabrini fue coherente y por eso podía escribir:

“Por cualquier dificultad que encuentre al ocuparme de los asuntos de la gloria de Dios, no me desalentaré, sino que redoblaré la confianza pensando que es Jesús que lo hace todo y permite las dificultades para sellar sus obras. Las obras de la gloria de Dios padecen violencia. No me extrañaré, pues, de las contradicciones de las empresas, sino que las consideraré como buenas señales. Por muchas contradicciones o violencias que yo sufra, la obra no resultará de otro modo que según el beneplácito de su Divina Majestad. Poco importa que sean buenos aquéllos que me contradigan; entonces debo estar incluso más atenta, porque afectarán más a mi corazón, demasiado tierno por naturaleza. Carezco de amor de Dios si no estoy dispuesta a padecer todo con santa alegría y con vivo deseo de padecer cada vez más.” {P. y P., Pág. 160}

Giuseppe De Luca, casi en la conclusión de su reflexión sobre Madre Cabrini, dice:

“Rapidez entre la inteligencia y la voluntad. No se detenía en idolatrar lo visto: quería lo que veía que era bueno. El bien visto y querido lo cumplía. No fragmentaba retrasos, complacencias, desatenciones, dispersiones.

Entre el éxito y Dios, la misma rapidez. Nada de vanagloria, ninguna porción de sí, nada de empobrecimiento mezquino, satisfacción inepta.

Esta inmediatez hizo que su breve vida fuera amplísima y llena como cien vidas. Rápida y no precipitada, llegó a quemar cuanto nuestro organismo tiene de lento, de perezoso, de duro, cuanto nuestra alma tiene de estancado, retroceso, vacilante. La “nave Cristóforo” que ella soñaba era ella misma y su Congregación con ella.

No había más que un solo Dios, y no tenía que haber más que un solo amor. El resto es vano.” {Giuseppe De Luca, Imagen de un alma, Págs. 43/44}

ORACIÓN

“Ponte, oh Jesús amantísimo,

como sello amoroso

en el corazón de tu esposa y sobre su brazo,

así que nunca jamás

se apoye en otro fuera de Ti.

***Todos sus pensamientos estén dirigidos a Ti,
todas sus obras, palabras, sufrimientos, deleite, placer,
todo, todo sea para Ti,
oh mi dilecto, amantísimo Jesús."***

SANTA FRANCISCA CABRINI

{Entre una y otra ola, Pág. 234}